

ediciones
al arco



PESADILLA

RETRATOS DE UN FÚTBOL EN CRISIS

Cristian Grosso y Fernando Pacini

Prólogo: Gustavo Grabia

Contratapa: Adrián Paenza

Pesadilla
Retratos de un fútbol en crisis

ediciones
al arco

Grosso, Cristian

Pesadilla : retratos de un fútbol en crisis / Cristian Grosso ;
Fernando Pacini. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Alarco Ediciones, 2016.

128 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-1367-65-8

1. Fútbol. I. Pacini, Fernando II. Título
CDD A863

Ediciones Al Arco: www.librosalarco.com.ar
e-mail: contacto@librosalarco.com.ar

Diseño de tapa e interior: Ana Paoletti.
e-mail: anapaoletti@gmail.com

Ilustración de tapa: Sebastián Domenech
Twitter: @domenechs
Instagram: @domenechs_art

*Para Franco, que desde su llegada le dio razón a todo,
y Gabriela, la dulce inspiración.
A Dalía y Aníbal, la incondicionalidad del corazón.
A los amigos de allá, de acá y a mi familia rosarina.
A Javier Zanetti, dueño de una sensibilidad
a prueba del estrellato.
A Gabriel Heinze, el villano favorito para
imaginar un fútbol más sano.
A Eduardo Urtasun y Gabriel Wainer, porque obligan
a discutir con argumentos.
A la memoria de Raúl Lamas, un auténtico
caballero. Por sus manos y su corazón pasaron
en los últimos 20 años todos los cracks argentinos.
A Marcelo Bielsa, Diego Simeone, Gerardo Martino y
José Pekerman, un póquer tan variado que me obligó
a mirar más allá de lo evidente.*

Cristian Grosso

*Para mi maravillosa Julia.
A mi familia y a mis amigos.
A Adrián Paenza. Él también hace rato que es familia.
A Santi Segurola. Cuando sea grande quisera ser como él.
A César Menotti, a Marcelo Bielsa, a Gerardo Martino,
y en ellos, a todos los entrenadores que me ayudaron
a pensar mejor el fútbol.
A Walter Dimattía, por nuestras interminables charlas.
A la memoria de Juan Miguel Eche copar,
grande, sabio, sencillo.
A Diego Maradona, por su generosidad y
por tantas alegrías.
A “mis chicos” de la categoría 2000 y al club Sirio de
Pergamino, por todo lo que me enseñaron.
A Pablo Giralt, compañero de ruta siempre.
A Marcelo Araujo y a Enrique Macaya Márquez.*

Fernando Pacini

Agradecimientos

A Gustavo Grabia y Adrián Paenza,
colosos que nos abren puertas y nos cuida la espalda
A Sebastián Domenech, mágico artista con tablón
A Andrés Prestileo, custodio artesanal de las palabras
A Marcos González Cezer y al Chopo Boccalatte,
cómplices perfectos

Prólogo

Por Gustavo Grabia

Disecionar el fútbol argentino no es una tarea sencilla ni mucho menos agradable. Pero con precisión de cirujanos, Cristian Grosso y Fernando Pacini hunden el escapelo por todo el cuerpo enfermo de nuestra pasión de multitudes para exhibir miserias y proponer soluciones. Viniendo de dos amantes del mundo de la redonda, este es un libro escrito con sangre. Con amor y con bronca, como ellos bien explicitan en el primer capítulo de una obra tan dolorosa como necesaria.

Alejados de los mensajes grandilocuentes de tanto periodista que busca retweets o likes en facebook, el trabajo se fortalece en las debilidades de un sistema perverso que al apostar por sacar ventaja bajo cualquier circunstancia, olvidó la semilla madre que hace crecer esta pasión, que es el juego mismo. La revalorización de una selección degradada por la mezquindad del medio, el ojo clínico con el que se entiende que el poder pasó del césped a las tribunas, el reflejo de una sociedad contradictoria,

exigente, ansiosa y agresiva que disfruta más de la desgracia ajena que del triunfo propio, las nefastas consecuencias del resultadismo a como dé lugar, la responsabilidad de los distintos actores de este nuevo circo romano, todo eso y mucho más está analizado desde distintos ángulos y recurriendo no sólo al pensamiento de ellos como analistas con décadas de periodismo deportivo sobre el lomo, sino también a reflexiones de los protagonistas. Para que se entienda: esta obra no es un llamado de atención, es un grito desesperado pidiendo de una vez por todas una refundación.

Desde ese diagnóstico preciso, ambos plantean una revolución que nos devuelva a los orígenes más puros de este deporte, a la belleza de un chico acariciando una pelota no contaminada de exitismo ni histeria. Pero no al estilo de la estigmatizada “la nuestra”, sino a través de un fútbol que le de preeminencia al placer, a la sabiduría, al respeto y, al fin y al cabo, a una escala de valores que nos conceda la posibilidad de ser felices a través de un juego que es, ni más ni menos, el más hermoso del mundo.

El fútbol, ese espejo de la sociedad

A veces el fútbol es sólo una excusa. En otras ocasiones, le da contenido a todo. Misceláneas, pinceladas, enfoques, miradas... cualquier registro sirve para disparar los debates que hoy invaden el fútbol argentino. Pequeños capítulos que activan la discusión. La idea es pensar, reflexionar, disentir, claro, ¿por qué no? Pero especialmente recorrer el mapa del fútbol argentino, auscultar su salud, analizar sus histerias, regar sus fortalezas y reconocer sus miserias. Entenderlo. Nada es casual en un mundo que tantas veces se deja llevar por la crispación. Un ambiente de euforia y desasosiego que día a día convive con la desproporción. Tan al límite llegan a veces los extremos que la mención de la muerte es común en frases y declaraciones. Porque así como el hincha augura que ni la muerte lo va a separar, el mismo sentimiento aparece cuando, por una derrota, la solución es matarlos a todos.

Una espiral de temas desata esa rara combinación de cuestiones racionales y resortes absurdos. El empobrecimiento del fútbol argentino, la fuga permanente de sus mejores valores, los descuidos formativos en las inferiores, la silla eléctrica de los

entrenadores, la trampa enquistada en la conducta de tantos, el vacío que dejó la inoxidable gestión de Julio Grondona, la discutible validez de torneos que de tan cortos o tan extravagantes nadie se animaría a copiar, la injusticia de los promedios, la comercialización de la pelota, las prisiones tácticas que disciplinan las propuestas...

Este libro está escrito con amor y con bronca. Y con una obsesión: soñar con un fútbol mejor a través de mejores hombres. Que quede alguna ventana abierta para que la luz del futuro ilumine a este juego. Este libro está escrito con la pasión que enciende este deporte-espectáculo-negocio en la Argentina y la rigurosidad periodística que exige la recorrida. El fútbol argentino regala a menudo relámpagos que viajan a velocidad luz de la alegría a la desazón. Casi todo se vuelve tan profundo y a la vez tan efímero, un sentimiento incapaz de ofrecer siquiera un boceto de explicación. Pocos torneos tan traicioneros como el argentino. De repente, el fútbol se disfraza de una excentricidad que sólo busca evasión, maquillar penurias en áreas realmente sustanciales.

El fanatismo por el fútbol ha invadido el lugar que antes estaba reservado al ardor patriótico, el fervor religioso o la tribuna política. Entonces, son muchos los horrores que se cometen en nombre del fútbol y muchas las tensiones que se valen de él para justificarse. Desmesuras sobran en su vida coti-

diana: la connivencia de los barrabravas con los dirigentes y los futbolistas, la polémica administración de los clubes, la intromisión de sectores de poder y su malsano oportunismo para utilizar al fútbol según las conveniencias de turno, la xenofobia enjaulada en un estadio, el menoscabo de la vieja tradición de amistad entre los clubes, el peligroso doble discurso de una porción de la prensa, el daño que ha hecho y sigue haciendo una cultura exitista exacerbada y fomentada a diario, el clima de intolerancia que se respira en las canchas, legitimado de manera insólita por muchos protagonistas que le atribuyen al público un derecho casi absoluto. La injerencia excesiva del dinero al punto de desnaturalizar el tejido general de relaciones del fútbol y de volver corriente el estado de sospecha.

En ese contexto, una cruel paradoja: la ilusión de que el seleccionado nacional sea el que compense todas las desgracias choca con la ausencia de títulos, lo único que algunos sectores imponen como resultado válido. Un déficit de la mayor que acumula más de dos décadas y que ya castiga a los representativos juveniles, un orgullo argentino de tiempos no tan lejos, pero hoy deteriorado por el descuido y la improvisación.

Contrapuesta con este escenario sombrío, una hendidura para explorar la posibilidad de soluciones o de encaminarse hacia tiempos mejores: qué se podría o debería cambiar; qué excepciones, en

nombres y en hechos, pueden encontrarse a un presente tan patético; qué es lo que todavía alienta las esperanzas de torcer el rumbo, qué buen legado puede pensarse hacia el futuro.

La invitación, quizá demasiado ambiciosa, es intentar razonar de otra manera. El fútbol está instalado en la conciencia colectiva de los argentinos como parte importante de nuestra identidad. La advertencia está hecha: acá, la lógica no siempre encontrará amparo. Atención, no se trata de demonizar el fútbol. Él no causa ni agrava nada: sí espeja.

Prólogo de los autores

La selección de los perdedores

Una actividad histórica y descompuesta. Económicamente en bancarrota, asociada a negocios corruptos y sumergida en una jungla política. ¿De qué se puede sentir orgulloso el fútbol argentino? Lo mejor que tiene el fútbol argentino es su seleccionado, sí, el mismo que ya encadena 23 años sin ganar nada. No faltan los que aseguran no sentirse representados por estos millonarios que no sienten la camiseta. Ni por estos ni por los anteriores. Y le clavan al seleccionado una mirada desconfiada. Tal vez haya una explicación más allá de la cancha. Quizás a la Argentina de los últimos años le toque sufrir en carne propia la crueldad de los tropiezos porque es la portadora de un mensaje de difícil penetración social: no todas las derrotas son descalificadoras. Comprender, con hasta tres latigazos en años consecutivos, que no siempre una caída es sinónimo de desprestigio. Aunque el precio sea altísimo: Javier Mascherano, Lionel Messi y asociados quedan arrinconados contra el descrédito.

Si el fútbol argentino tiene que salir al mundo a vender su mejor producto, no cuenta con nada más respetable que su seleccionado. Su principal activo.

Si, el equipo de los perdedores. Un equipo que hace años desprecia las trampas y el ventajismo. Sin excusas ni histeria. Nada les ha acercado un título, pero siempre han sido nobles. Este seleccionado y el anterior de Alejandro Sabella también. Confundido, equivocado o asustado, nunca le vendió el alma al diablo con tal de ganar. Duele perder, claro. Pero la selección desterró la malicia, la inconducta. Se distanció de un recado enquistado en muchos sectores de nuestra sociedad que no se horroriza cuando escucha que ser tramposo es un atajo para ser exitoso.

Hace años que no hay escándalos alrededor de la selección, pese a que tantas derrotas podrían haberlo dinamitado todo. Si hace tiempo que la selección no gana nada, también hace un buen rato que no se escuchan escándalos ni provocaciones.

¿Se puede mantener la frente alta y guardar una conducta noble aun cuando el alma está atropellada? ¿Es posible asistir al festejo ajeno y no perder la entereza? Río de Janeiro 2014, Santiago de Chile 2015 y Jersey City 2016..., tres finales y tres derrotas. El seleccionado argentino demostró que sí. Que no es en vano sostenerse en pie y dar la cara aun cuando la tristeza lastima como nunca. La selección se volvió una isla en un océano nauseabundo. Con dirigentes incapaces y una estructura ruinosa. Paradójicamente, cada derrota absuelve a los culpables y crucifica a los que dignifican a la

marca selección. Después de esta generación, se pagarán tantos años de desastres.

Sueño de un fútbol organizado

El desempeño de la selección argentina en la Copa del Mundo 2014 recuperó algunos valores que empezaban a formar parte del pasado. El orgullo competitivo, la determinación y el coraje que expuso el equipo en cada momento resucitaron la afamada mística, hasta ahora, casi una pieza de museo que había que visitar en las videotecas.

En tantos años, decenas de futbolistas acudieron al llamado de la selección con ese objetivo y ese sueño, sin mucha fortuna, pero sin jamás renegar del amor original por vestir la camiseta. Los llamaron mercenarios y peseteros, a éstos y a los anteriores. Jugaron solos, muchas veces desprotegidos, en tiempos de desorientación y convulsiones. Sin embargo, los jugadores jamás desistieron. Desde su designación, Alejandro Sabella concentró sus primeros esfuerzos en salvar lo que quedaba y en procurar las maneras de fortalecer un alma, que por tantos golpes ya estaba flácida. Sabella fue el líder de esa reconstrucción. Gerardo Martino gobernó en la misma sintonía, más allá de la caza de brujas que se desató tras su renuncia.

Luego, cada quién disfrutará más o menos de sus preceptos futbolísticos; da igual, eso es cuestión

de sensibilidad y qué nos pasa cuando vemos jugar a determinado equipo. Pero volvamos a Sabella; él puede colgarse la medalla porque supo gestionar, organizando su estructura de modo horizontal, participando a sus dirigidos, sin ampulósidades ni demagogias, preservando la intimidad, y con franqueza y honestidad para tomar decisiones. Ahora puede no parecer gran cosa, pero ese estilo de conducción sin estridencias y lleno de generosidad, en perspectiva, fue el origen de la recuperación.

El “proyecto” de la selección argentina es el entrenador de turno. La selección mayor no es el punto más alto de un plan que abarca desde las bases. No se elige a un técnico en función de un estilo pretendido; es al revés, el técnico es el estilo. De César Luis Menotti a Carlos Bilardo, de él a Alfio Basile, luego a Daniel Passarella, Marcelo Bielsa, José Pékerman, otra vez Basile, Diego Maradona, Sergio Batista, Alejandro Sabella, Gerardo Martino... Ninguna línea perdura, no hay cortes ideológicos cada 30 años, sino a cada rato.

El subcampeonato del mundo podría haber sido un excelente punto de partida para algo nuevo, ambicioso y renovador. Hay gente que sueña con un fútbol organizado, con bases sólidas en la formación, con competencias mejor diseñadas, con un debate que integre a personajes que el poder del fútbol argentino segregó, y otros que despuntan llenos de ideas y vigor sin que nadie repare en sus existen-

cias... Difícil, casi una fantasía suponer que es posible una política de estado en el fútbol. Es más terrenal entregar el sueño a la capacidad de los entrenadores y al talento espontáneo de los futbolistas.

Desde hace tiempo, la AFA no piensa en qué fútbol queremos para los próximos 20 o 30 años. El foco lo ha puesto en otro lado, en la carroña política y las tajadas económicas. Si se pierden de vista los intereses deportivos, o quedan sometidos a los comerciales y de poder, con el tiempo, hasta los negocios y el poder se derrumban.

La despedida de la gente íntegra

Alejandro Sabella se cansó y su límite fue el Mundial Brasil 2014. Ejercer esta función con pasión y profesionalismo agota. ¿Por qué? Intrusiones, intereses, idas y venidas, demasiada exposición... Todos daños colaterales, porque esa erosión nada tiene que ver con el trabajo. Un goteo que corroe tanto hasta volverse insostenible. Gerardo Martino también se marchó después de la Copa América Centenario Estados Unidos 2016. Abrumado. Para él, la dignidad resultó el límite. El prestigio y el desafío de dirigir a la selección argentina dejó de ser una tentación irresistible debido a una coyuntura caótica.

La memoria recuerda las salidas de la AFA de Marcelo Bielsa y José Pekerman, dos alejamientos medidos para maquillar disconformismos. El 3 de

octubre de 2002, cuando Pekerman se marchó por primera vez, explicó: “Es una decisión relacionada con el desgaste y el cansancio por un trabajo arduo”. Y hasta deslizó responsabilidades: “La selección se pone en escena el día que compite, pero atrás hay un plan de preparación cargado de dificultades. En el fútbol hay trampas, cosas injustas”, señalaba Pekerman. José volvió por Alemania 2006, y después partió casi espantado.

Bielsa había resistido hasta septiembre de 2004. “Noté que ya no tenía la energía necesaria para absorber las variadas tareas que demanda la selección. Ya no tenía ese impulso. Y cuando ocurre eso no es honesto quedarse en un sitio sin entregar la energía que la tarea reclama”, comunicó. No era toda la verdad, claro. Pero en su gestión nunca había enarbolado excusas ni culpas de terceros. Menos lo iba a hacer en el adiós.

Se fue Sabella. Se fue Martino. Llevar el cargo con prudencia y capacidad parece sofocante para gente íntegra. Antes o después, la despedida se convierte en un acto necesario.

Ser tramposo cotiza en alza

Marcelo Bielsa despreja la mala intención. El entrenador argentino todavía dirigía a la selección *albiceleste* cuando cierto día le apuntaron un error arbitral que, supuestamente, había perjudicado a su

equipo. La consulta, obviamente, buscaba que Bielsa descargase culpas en el juez. Pero sólo se escuchó de él una declaración de principios, ya que Bielsa respondió que moralmente no estaba autorizado a quejarse cuando en un partido anterior no había corregido que un gol de la Argentina –de Mauricio Pochettino frente a Paraguay– había sido con la mano. Y en otra oportunidad José Pekerman relataba, quizá con una candidez que incluso admitía, que soñaba con ese día que un delantero, por ejemplo, tras recibir en el área una falta inexistente, le aclarase al desconcertado árbitro que no había sido penal. Claro, Pekerman desdeña la trampa.

Bielsa y Pekerman dejaron de trabajar en la Argentina porque ya no se sentían cómodos.

Hay ejemplos paradigmáticos en la dirección contraria. Diego Maradona reivindicó su *Mano de Dios*. Es más, a esa acción ilegal le agregó premeditación en las explicaciones. “Realmente lo quise hacer con la mano y nunca me arrepentí por esto. Mis compañeros me vinieron a abrazar, pero como diciendo «estamos robando». Pero yo les dije: el que roba a un ladrón tiene cien años de perdón”. Las palabras acentuaron la indignación en Inglaterra; pero más por la exaltación del delito que por la derrota en México 1986.

Hace algunas temporadas, Luigi Agnolin, por entonces titular de la Asociación Italiana de Árbitros, señaló que “los jugadores leales son los que

evitan las simulaciones”. Si viera el fútbol argentino cargado de impostores... Alguna vez el árbitro retirado Ángel Sánchez comentó que sus colegas europeos preferían no dirigir a futbolistas argentinos por considerarlos maleducados.

“Nada humilla más que perder por gil, que el rival te gane por más pillo”, aceptaba el genial Roberto Perfumo, un hombre con una sensibilidad especial para interpretar los códigos futboleros. Desde su recuerdo se puede entender cuando tantos jugadores se escudan detrás de una máxima vergonzante: “El fútbol es para los vivos”, disparan. Como si allí encontraran impunidad. Y no se les cae ni una pizca de vergüenza después de afirmarlo.

Tal vez por demagogia. Quizá por miedo a quedarse sin trabajo, entonces los manotazos contemplan las calumnias y la exageración. De lo que no hay dudas es de que cada vez más hombres del fútbol se esmeran por traspapelar el sentido de la discreción. El caldo de urgencias y deslealtades que asfixian y aprisionan deriva en conductas refractarias y alegatos lacrimógenos. Muchos futbolistas y otros tantos entrenadores han elegido desplegar un arsenal de interferencias sobre la tarea de los colegas y de los árbitros. Después de cada derrota, demasiados intérpretes eligen un protagonismo desaconsejable. ¿Objetivo? Cubrirse en excusas, derivar culpas en otros y despertar tanta incomodidad para, acaso desde el victimismo, conseguir algún

beneficio al partido siguiente. El que no llora no mama..., y el que no afana es un gil.

Cuánto más sencillo sería hablar con franqueza y asumir los riesgos de esa sinceridad. Por ejemplo, aceptar errores, reconocer la superioridad del rival, dejar de mirar con desdén los méritos de los demás. Claro que eso demanda auténtica valentía y generosidad, pero sobran mezquindades que sólo despiertan repudio.

Un exhibicionismo mediático irritante. La búsqueda del impacto público para distraer el eje verdadero. Histerias, provocaciones y petulancias al servicio de la queja. En definitiva, los actores de las repetidas exasperaciones provienen de la desarticulada sociedad argentina, tan proclive a los atajos ventajeros, a los señalamientos insidiosos, a los exabruptos irónicos.

El vértigo domina al fútbol argentino. En la cancha, en los escritorios, en las tribunas, en las redacciones de los diarios. Todos confluyen en campeonatos histéricos y hasta sádicos. Una de las derivaciones de este juego-negocio es que pone a prueba el sentido de integridad de los personajes de turno. Los insoportables lamentos y la búsqueda sistemática por desacreditar a los demás, así como los desembozados pedidos de incentivación, la simulación de faltas, el matonismo para pedir una tarjeta y la supuesta sagacidad para adelantarse en una barrera, en realidad revelan que existe terror de ser conside-

rado un ingenuo. El fútbol argentino está repleto de maldades por aprender. Y como aquí se saluda a los alumnos aventajados, la picardía prestigia por encima de la nobleza. Nada entendía de fútbol, pero el dramaturgo inglés Francis Bacon decía que no hay peor cosa que considerar sabios a los pícaros...

Los dirigentes del paraavalancha

No es común que José Pekerman rompa su tono monocorde, pero aquel mediodía explotó. La situación lo indignaba. La charla, en 2001, recorría la realidad del fútbol argentino, y el por entonces entrenador de los seleccionados juveniles reclamaba decencia, sinceridad, austeridad y capacitación entre la dirigencia para intentar oxigenar a un enfermo que entregaba peligrosas señales de descomposición. “Un dirigente no puede llegar al cargo impulsado sólo por su amor a la camiseta y recién ahí darse cuenta de que el club está roto. Para ser dirigente no alcanza con ser hincha; hay que ser capaz y ético”, alertaba. Pocos le habrán prestado atención y hoy se administran ruinas.

El deterioro cultural que atropella al país arrió a muchos personajes del fútbol hasta la ciénaga de la mala educación. Sobran episodios vergonzantes. Desde Boca y River, por ejemplo y nada menos, no dudaron en dinamitar la discreción y la racionalidad. “Ramón Díaz es un bufón y un cobarde”, disparó un

día el dirigente Juan Carlos Crespi desde el rincón *xeneize*. Y su par Omar Solassi también extravió el juicio desde la vereda rojiblanca cuando señaló que “ojalá en 2015 se vaya Boca a la B”. O aquellos dirigentes de Racing, demagogos de un desborde nada folklórico, cuando espolearon las burlas por el descenso de Independiente. Bravuconadas del paraavalanchas detrás de un escritorio.

Dirigentes oportunistas que siembran desconfianza y alientan complots. Que invaden espacios, protestan por designaciones e impulsan descalificaciones. Porque “tener peso en la AFA” es esencial para asegurarse adhesiones populares. Que gestionan mal las millonarias inyecciones de dinero de la televisación. Que le ceden el club a la barra brava. Que alzaban la mano en el comité ejecutivo de la AFA para no caer en desgracia, pero que después confesaban que no compartían la atornillada política de Julio Grondona. Y ya sin el Jefe, lloran extrañarlo. Dirigentes que reniegan en los pasillos y son adláteres en el escenario de la foto. Que redactan y reescriben la definición de una temporada buscando conveniencias y no la equidad deportiva.

Dirigentes que se extralimitan y pisotean sus funciones. Dirigentes que eligen mofarse de la desgracia ajena para anclar la felicidad propia hundiendo el dedo en las penurias de los demás. Ese es un hábito que los califica. Una de las derivaciones del histérico y ventajero fútbol argentino es que pone a

prueba el sentido de moral de sus protagonistas. Otra manera de entender la decadencia...

Ya no le piden una pelota a Papá Noel

La avería de un país cruzado por una crisis sociocultural también hace estragos en las canchas. El retroceso educativo deja huellas en las nuevas generaciones. Los encargados de las inferiores luchan por que cumplan reglas básicas, como apagar las luces a tal hora. Mientras aparecen sábanas quemadas con picaduras de cigarrillo y preocupan los robos internos, no pocas pensiones son acechadas por la venta de drogas. Claudio Vivas, ex entrenador de Argentinos, Racing y Banfield, trazó un crudo diagnóstico: “Hoy hay muchos chicos rebeldes, que tal vez no tienen los mejores entornos. Veo mucho materialismo y también están las cuestiones sociales: algunos son padres, un niño que tiene un bebé, eso no es normal. A veces, los entornos maliciosos ven un negocio. Los padres tienen que acompañar a sus hijos al club, pero también al colegio”.

La exagerada exposición en los medios, el vertiginoso paseo por la fama y el veloz acceso al dinero les han lavado a demasiados pibes el interés por el juego. Jorge Valdano ofreció una inquisidora mirada global: “Lo que perdió la Argentina es el amor a la pelota. Perder ese capital sentimental, el amor a la pelota, es muy grave a mi parecer”. Y

otros temas coyunturales afirman el derrumbe: déficits alimentarios desde la niñez que luego se traducen en fragilidades físicas, y graves conflictos familiares, con hogares violentos que hasta incluyen derivaciones judiciales.

Juan Román Riquelme comparó épocas: “El fútbol te tiene que gustar. Hoy los pibes están pendientes del botín nuevo de Cristiano Ronaldo o Messi, del teléfono último modelo, pero si les preguntás: «¿viste el partido entre Chelsea y Fulham?» no saben ni que se jugaba”. Muchos chicos creen que nadie puede enseñarles nada. “Lograr que hoy se queden corrigiendo defectos es muy difícil. Es complicado armar grupos por la computadora, la PlayStation, el mp3. Hoy todos los jugadores tienen representantes. Y cada representante busca pelear por lo suyo y por ahí les inculca a los chicos cosas que los hacen individualistas”, asumía Sergio Batista cuando trabajaba en la AFA.

La etapa formativa está bastardeada por el existismo y el avance del profesionalismo. “El deseo de ganar se ha impuesto claramente al deseo de enseñar”, agregaba Valdano. “Un joven no mejora si le dan todo; debe procurárselo, sentir que se esfuerza”, explicaba Marcelo Bielsa. La mayoría llega a primera con vacíos conceptuales. Hay menos gambeta y escaso valor intelectual. Casi no se disfruta ni escucha a chicos con el espesor que ya de muy jóvenes tenían Juan Pablo Sorin, Esteban Cambias-

so, Gabriel Milito, Mariano Juan, Gustavo Lombardi, Pablo Aimar, Franco Costanzo. Es una rareza descubrir a un pibe -y a grandes también- que hable del juego con entusiasmo. Sin sonrojarse confiesan que ni miran partidos por TV. La base está despedazada.

Discursos con doble fondo

La barra brava que tiende a secar las banderas en la popular, la manga del gas pimienta de la Conmebol, la sanción... La batalla de los quinchos en River, la muerte del barrabrava millonario Gonzalo Acro, las apretadas al árbitro Sergio Pezzotta, los destrozos en el Monumental y en el barrio, otra muerte, la clausura de la tribuna Sívori... Nadie se salva, ningún club. Mucho menos la AFA, ni los Estados provinciales y nacional. Todo es una flagrante mentira. El AFA plus es un símbolo de la nada.

Y los medios agitan, convocan a la provocación en foros y comentarios abiertos. Con la moderna metodología de “interactuar”, aumentan la cantidad de clicks en los portales digitales, las audiencias en las radios y un punto de rating en la tele. “Los afiches más ingeniosos” se muestran como noticia, los memes, las selfies, los tweets más creativos, los tweets de los protagonistas que se suman al descabro, los retweets, las réplicas en facebook y las fotos en Instagram. Todo está en los portales digitales

de prestigiosos medios. Y se presentan rumores y operaciones de prensa como verdades, con los habituales “habría”, “sería”, “podría”, “estaría”. En medio de semejante remolino donde nada se somete al chequeo ni a la reflexión, todo pasa fácilmente por el escáner y se vuelve información.

Alguna vez el deporte, el fútbol, fueron expresiones de bravura, pero también de respeto al adversario. Alguna vez el público de Independiente aplaudió a Racing y Racing admiró a Independiente. Alguna vez Boca fue campeón en la cancha de River y no se desató ningún escándalo. Alguna vez, la caballerosidad y el respeto fueron límites intocables.

¿Cuándo fue que se perdió todo eso? ¿Cuándo fue que perdimos el amor por el juego? ¿Cuándo fue que la derrota dejó de ser una opción? ¿Cuándo fue que el rival se hizo enemigo? ¿Cuándo fue que el periodismo casi abandonó la reflexión y dejó de aportar al civismo? Tal vez el futuro no sea el AFA plus, ni el derecho de admisión. Tal vez el futuro esté en abandonar posturas artificiales y trabajar en la reconstrucción. Pero eso es una ilusión. Nadie va a hacer nada. Ni los Estados ni los clubes ni los candidatos van a dejar sus disfraces, ni la Conmebol ni la AFA van a adecuar sus estructuras, ni los dueños del negocio y de los medios van a permitirse menores réditos y mayores moderaciones.

Tal vez no fue gratuito consumir durante años el mensaje que se instaló de modo aplastante según

el cual lo único que cuenta es ganar, que el mundo se divide entre ganadores y perdedores, que el espectáculo no interesa, que esto es para vivos y, por lo tanto, cualquier cosa sirve para ganar. La posibilidad de perder dejó de considerarse, y eso, justamente eso, la pérdida, la derrota, e incluso la injusticia, son muy probables en un juego. Quien no las acepte como naturales, o no juega, o reacciona violentamente. Acá están los resultados, señores resultadistas.

Un profesionalismo muy light

Las bandejas con frutas fileteadas eran observadas hasta con desconfianza. La propuesta europeizada del novato entrenador Diego Simeone encontraba cierta resistencia ante la cultura bien argentina de las facturas con dulce de leche en los vestuarios. El medio contagia las costumbres y dibuja un círculo vicioso. Un futbolista se entrena tres o cuatro horas diarias, ¿y qué hace en las otras 20? Sobran las anécdotas que invitan a sospechar del futbolista argentino mientras se mueve en rebaño, por eso es improbable que desaparezcan las concentraciones o sólo se junten a desayunar el mismo día en que juegan de local, como sucede en la Premier League.

Los excesos de grasas, el abuso de la carne roja, el rechazo a la leche, la verdura y el pescado, y

la recortada disposición a seguir un programa de horarios para ingerir los alimentos describen un costado poco profesional de varios criollos. Cuando aterrizan en Europa, sólo entonces la mayoría entiende las ventajas de una reeducación. ¿Aquí son incapaces los especialistas que deben asistirlos? No. El entorno los condiciona: las tentaciones salen a cazar en manada y los futbolistas reaccionan por imitación. Es más fácil dejar los ejercicios regenerativos de elongación para otro día, marchar en grupo a una cadena de comida chatarra y más tarde corretear a la vedette del momento. “Cuando me entrenaba en Milanello, Maldini llegaba una hora antes y se iba una hora después. ¡Cómo no imitarlo! El ambiente te ayuda a tomar buenos hábitos”, cuenta Roberto Ayala, zaguero de la selección entre 1994 y 2007.

El entrenador Pedro Troglio no enmascaró el tema de fondo. “Si logramos que el futbolista sea profesional al 100% en su vida privada, podemos jugar con los mismos once todos los partidos. El tema es que no todos llevan la vida que uno espera. A lo mejor alguno un sábado se va a comer a McDonald’s después de un partido y el miércoles es difícil que la banque. Si vos hacés las cosas bien, no hay nada más lindo que jugar, comer, dormir y descansar”.

Hace una década, David Jiménez era nutricionista de Atlético de Madrid y no dudaba en tomar como (mal) ejemplo al *Kun* Agüero. “Sergio llegó

con unas costumbres y le costó adaptarse a los buenos hábitos. Consumía muchos hidratos de carbono, mucha carne roja y no bebía casi nada de agua porque no le gustaba ni en pintura”, develaba. En 1997, cuando Mauricio Pineda pasó de Boca a Udinese, después de los exámenes de rigor, los índices de colesterol y un hígado castigado por frituras despertaron la turbación del cuerpo médico del club del Friuli italiano. Inadmisible.

Allá, los futbolistas terminan de entender que han accedido a la elite cuando descubren los cuidados que reciben. Algunos los aprovechan, otros se fastidian. Seguramente aquellos edifican una carrera, éstos vuelven pronto con un manual de excusas. Las sorpresas se encadenan frente a los estudios mensuales de los pliegues cutáneos para determinar el porcentaje graso. O las ergoespirometrías que evalúan el consumo de oxígeno bajo esfuerzo. O las evaluaciones de potencia en las máquinas isocinéticas.

Una de las referencias periodísticas del diario *L'Equipe*, Vincent Duluc, hace un tiempo tomó como ejemplo al delantero Lisandro López, cuando jugaba en Lyon. “Tras las vacaciones necesita dos semanas para volver a tomar la forma, entonces hay meses, como enero, en los que ya no puede considerársele fundamental en el plantel”. En los períodos de descanso, una política usual de los patrones europeos es entregarles a sus empleados argentinos un plan de mantenimiento y un polar de datos para que allí

se grabe esa actividad. La confianza es un valor que no están dispuestos a conceder fácilmente.

Se eleva el continente sudamericano

Se terminaron los tiempos en que las presuposiciones se confirmaban en la cancha. Hasta hace algunos años, la Argentina le ganaba a Ecuador en la víspera. Ya no. Nunca antes en las eliminatorias sudamericanas hubo tantos aspirantes en serio a ganar una plaza en Rusia. Salvo Venezuela y Bolivia, que parten estructuralmente desde una posición más desfavorable, los demás se ilusionan. Y tienen con qué. Algunos más, otros menos, algunos con más recambio y otros más justos en cantidad, pero nadie puede firmar más que un par de abdicaciones. El resto compete de verdad.

La explosión de un fútbol global y de mercado, en el intercambio (que sólo tiene una dirección: los de “acá” van para “allá”) pone a futbolistas paraguayos, ecuatorianos, colombianos, chilenos y peruanos, por decenas, en las ligas europeas. Contrastar sus facultades en los torneos más organizados y competitivos del mundo, hace tiempo dejó de ser un patrimonio exclusivo de brasileños, argentinos y uruguayos.

Por lo tanto, dar por seguro cualquier triunfo es una tentación atraída por el recuerdo de un tiempo que pasó. Hace rato que la evolución de muchas selecciones emergentes empezó a adivinarse, sólo

que ahora se manifiesta con más fuerza que nunca.

Los cambios de paradigma no se instalan de un día para el otro. No es que en los próximos 20 años Venezuela va a ser campeón mundial. Lo que sí sucede es que las “sorpresas” son más frecuentes. Y cuando una sorpresa se hace rutina, pierde su esencia. Alguna vez, cuando nadie reconocía a Holanda en el mapa futbolístico, primero sorprendió, luego se sostuvo, se instaló, y nunca más dejó de ocupar un lugar de referencia. Produjo ideas y admiración. Es el caso más radical de una aparición que se volvió potencia.

Haciendo un simple relevamiento en las usuales listas de convocados, la mayoría tiene una respetable cantidad de futbolistas, jugando muchos de ellos con los mismos rivales con que juegan Messi, Agüero, Otamendi, Luis Suárez, William, Cavani, Thiago Silva, Douglas Costa y tantos otros. Pero además, en la mayoría de los casos, jugando con relativa continuidad. Como el chileno Arturo Vidal, primero en Juventus y después en Bayern Munich; o su compatriota Marcelo Bravo en Barcelona; o lo que representaron los peruanos Jefferson Farfán y Paolo Guerrero en Alemania; o el ecuatoriano Antonio Valencia en Manchester United; o los colombianos James Rodríguez (Real Madrid), Carlos Bacca (Milan) o Juan Cuadrado (Chelsea)...

Este enfoque no tiene ninguna pretensión más que celebrar que la competencia es mejor, que tal vez haya que sufrir un poco más, pero el desafío es

estimulante. La Argentina tendrá que jugar más cerca de su techo. Si eso sucede, estará en Rusia holgadamente. Pero ojo, que el mundo del fútbol ya no es el que fue. En un mismo día perdieron la Argentina, Brasil y Alemania. Esto nunca había pasado. Pero sucedió.

Una caza de brujas

Con exagerada frecuencia, algunos deportistas argentinos conviven con una sensación de desprotección. O de exposición al maltrato. Detrás de cada derrota del seleccionado, habitualmente los históricos del equipo se sentían sospechados por todo el mundo. Juan Sebastián Verón podría escribir un tratado al respecto. O también esos eternos *perdedores* como Roberto Ayala, Javier Zanetti, Juan Pablo Sorin y Javier Mascherano. Apenas Lionel Messi al menos ha torcido esa mirada desconfiada que lo escrutaba, pero ni el mejor del mundo puede sentirse blindado. Basta alguna discreta actuación en las eliminatorias para que suenen las alarmas. “Por favor, dejemos la pavada... lo marcaron sin pegarle... o pretenden que en Sudamérica lo marquen como hacen los del Getafe, Valencia, etc ???, donde lo esperan pintados como conitos y ante el menor foul amonestan a medio equipo rivalque se acostumbre!!!”, suele aparecer en los foros de los medios. Y en Twitter y en Facebook, fantástico refu-

gio para decenas de valientes francotiradores que apuntan en la misma dirección.

El arquero Roberto Abbondanzieri ya había sido un “cobarde” en el Mundial de Alemania 2006 por abandonar a la selección antes de la definición por penales con los alemanes. Claro, apenas estaba... fisurado. Un traspíe, una derrota activan la desilusión. Entendible para el sentimiento colectivo, pero también avivan las dudas sobre el compromiso. Entonces, “traidor y vendepatria” saturan los rincones, y especialmente las redes sociales que cobijan a tantos invictos que seguramente ofrendarían hasta su última gota de sangre por la causa. ¿No? “Jugaron como nunca, perdieron como siempre. A seguir comprando humo de estos gordos”, pudo leerse detrás de cualquier caída de los Pumas. Luciana Aymar, indiscutida y admirada por el mundo, ocho veces elegida por la Federación Internacional de Hockey como la mejor del planeta, tampoco se escapó tras perder la final olímpica en Londres: “Todas para el Pami..., que mal gusto! Pongan mujeres de verdad...35 pirulos Luciana... Game over!”, apareció en los foros de los diarios. La intolerancia popular se vuelve ofensa.

El tenista Juan Martín del Potro, otra de las víctimas favoritas de la hiriente intemperancia, casi nunca estuvo a salvo. “Andate a Tandil y poné una fábrica de Rolitos, creo que es lo tuyo, ladrón de ilusiones”, se le ocurrió escribir a otro iluminado. Una

más, igual de incontinente, lanzó: “Es un pecho frío, que sólo le interesa la guita, la p madre que lo parió, no tiene vueltas, es un flojo, ni le interesa representar al país”. A su turno, según los golpes del mal-humor y el acicateo de algunos sectores periodísticos, todos son juzgados como apátridas. En un país que tiende a despellejar a los demás, que eleva a los ídolos para dejarlos caer y comerse sus pedazos. Un reflejo que vale para auscultar a la sociedad. Ellos no son el problema, somos nosotros.

Técnicamente es un derrumbe

Sólo cuando los hinchas están algo indulgentes les gritan sanateros, ladrones, vendehumo, amarretes. En general, escuchan peores cosas. Planifican las prácticas, imaginan los partidos, explican el sistema, estudian las debilidades del rival, quedan disfónicos entre tantas indicaciones, hacen los cambios, se enfrentan con la prensa... Son protagonistas centrales del fútbol, pero siempre dependen de los demás. Nada les garantiza la victoria y un par de derrotas les cuelga el cartelito de desempleados. Los barrabravas los aprietan, algunos dirigentes demagogos complacen el clamor popular y muchos futbolistas ni los comprenden. Los entrenadores viven en problemas. Recortado el abanico de futbolistas determinantes, sobre los directores técnicos recae la obligación de enriquecer la propuesta para

disimular las limitaciones de sus dirigidos. Los técnicos hoy toman un club y descubren que muchos jugadores han llegado a primera división sin la formación técnica adecuada, con groseras carencias en los fundamentos básicos.

El campeonato argentino es duro, ingrato, traicionero y muy competitivo. Y malo técnicamente. “Hay un profundo recorte de la categoría individual y de la capacidad interpretativa”, advierte Diego Simeone, atento desde Madrid a los cambios... y la involución. Bajó la calidad de ejecución, pero también mermó la disposición de los futbolistas al aprendizaje. Cuando el entrenador Carlos Aimar recorre por TV el mapa de las maniobras, queda a la intemperie ese vacío de criterio en los retrocesos, las coberturas, las lecturas de las jugadas o el rompimiento entre las líneas. “Lo que más me fastidia es la cantidad de errores conceptuales”, sentencia Aimar.

Los técnicos repiten mil ensayos para tejer un tramado estratégico que compense este déficit de desequilibrio individual. Se sabe que no abundan gambetas, pero tampoco valor intelectual. Es una rareza escuchar a un futbolista hablando intensamente del juego. Son menos apasionados que antes por su profesión, menos apegados al esfuerzo y más cómodos para recostarse en la responsabilidad del técnico, y así compartir los errores que cometen en la cancha. El veloz acceso a la notoriedad, a muchos les ha licuado su interés.

Desde otro escenario, el ex árbitro Francisco Lamolina amplió el radio del daño: “Que se juegue tan mal influye en el arbitraje, porque si los 22 le pegan para arriba...”. Faltan recursos. Pero también vocación y educación. Habilidad en crisis, inteligencia en fuga. Los técnicos intentan disimular el retroceso, pero pocas veces lo consiguen. Y pagan con sus cabezas el deterioro estructural.

La propuesta no está en los números

Analizar un partido de fútbol es una tarea fascinante. Cada uno deja un sinfín de jugadas, de elecciones, de opciones descartadas a favor y en contra. Lo difícil es mensurarlo. En otros deportes, las estadísticas tienen una importancia vital. En el fútbol, en cambio, las estadísticas se agotan en el cuadrado de los entretiempos. Números que visten. En el mejor de los casos, apenas dan una vaga idea de la tendencia del juego, no mucho más.

En la última década, la estadística decorativa se ha vuelto cada vez más frecuente. Hay una cierta obsesión por los récords y por cuantificar cualquier detalle, al estilo: “Cada vez que el jugador X fue titular, su equipo no perdió”, o “el jugador Y lleva 6 goles, todos a equipos con camisetas blancas”. Hay de todo, y todo se registra.

Pero no hay una estadística infalible que permita a los entrenadores y analistas valerse de determi-

nado método para ampliar su capacidad de elección y tomar mejores decisiones, como sucede con el básquetbol, por ejemplo. Los números son valiosos en la medida en que permitan sacar conclusiones incontrastables, y en el fútbol hay poco de eso.

A pesar de todo, siempre hay algunos datos interesantes. Por ejemplo, cuál es la proporción entre jugadas de gol y goles señalados. Algo así como una tabla de efectividad, en defensa y en ataque, siguiendo ese patrón.

De todos modos, ni las planillas más cargadas y mejor presentadas podrán explicar un partido de fútbol. La actitud, la disposición, la generosidad, el estilo de un equipo, la convicción, la determinación, la competitividad, la ambición, y una lista de intangibles, matan cualquier intento: la fórmula para medir el fútbol no existe. Aun así, es mejor tener los datos que no tenerlos. En cualquier caso, teniéndolos, se los puede descartar.

Al juego hay que interpretarlo

Recortado el abanico de futbolistas determinantes, esos que pueden resolver por sí solos un partido, sobre los entrenadores recae la obligación de enriquecer la propuesta y entregarles a sus dirigidos varias alternativas de resolución. Es decir, abastecerlos de información y regar sus habilidades para que sean ellos y sus virtudes los que encuen-

tren las soluciones en la cancha. Pero así como bajó la calidad de ejecución, también mermó la capacidad de aprendizaje de los futbolistas. Son menos apasionados que antes por su profesión, menos apegados al esfuerzo y más cómodos para derivar las consecuencias del juego en las decisiones del técnico. Muchos jugadores prefieren no ser los auténticos protagonistas.

Vale hacer una rápida aclaración: siempre los cotejos se resolverán según el vuelo creativo de los futbolistas. Siempre los jugadores gravitarán por encima de los entrenadores, porque la inventiva personal es el acto más significativo. Pero depender de las individualidades es riesgoso. Más, cuando ya no abundan jugadores que aseguren desequilibrio. Por eso varios técnicos, de todas las escuelas, se han propuesto hacer mil ensayos para tejer un tramado estratégico que compense este déficit que descubren en sus planteles. Grupos, por cierto, a veces descompensados entre la riqueza técnica y su intelecto conceptual.

Los entrenadores ensayan. Y se esfuerzan por que sus dirigidos se hagan de la pelota en buenas condiciones. Por que no reciban detenidos, sino lanzados. Por que una gambeta surja por decisión y no por la obligación de descubrirse acorralado. Por que los volantes rompan las líneas. Por que sepan leer las conveniencias de un encuentro y, así, distingan cuándo deben acentuar el recorrido interior,

cuándo insistir por las bandas y dónde desprenderse de la pelota.

Los técnicos buscan que sus equipos no dependan de nadie. Cuando se percibe un exceso de individualismo, la reconstrucción exige apoyarse en el sentido colectivo. Por eso los movimientos de desmarcación, las coordinaciones y la diversidad de trazos tácticos encierran el mismo espíritu: nada es más trascendente que el bien común.

Habilidad e inteligencia pueden no complementarse en un mismo envase. “Mejoraré cuando gambetee menos y tenga más visión de juego”, aceptó hace mucho tiempo Lionel Messi. Lo aceptaba quien, por entonces, ya era el valor más vertical y explosivo del planeta. Una confesión oportuna. Una confesión de suma utilidad para los entrenadores que desde afuera intentan corregir lo que en la cancha ninguno ve.

El morbo de los promedios

Desde que los ingredientes estéticos se declararon en fuga, la incertidumbre, la emoción y la paridad se instalaron como valorespreciados en el fútbol argentino. Que un escenario infartante, al menos, compense tanta opacidad. Entonces, la resolución del descenso pasó a cotizar tanto como la definición del título. Con un alto grado de injusticia deportiva, por cierto, porque los promedios invitan

a los atropellos de la sinrazón.

Desde que se instalaron, en 1983, menos de veinte veces coincidió que los descendidos por este sistema y los que hubiesen perdido la categoría directamente por ocupar los dos últimos casilleros de la tabla fueran los mismos equipos. Después, hubo decenas de injustos beneficiados e ingratos perjudicados. La tabla tradicional y la del promedio, indefectiblemente, se han chocado.

El descenso de San Lorenzo a la B, en agosto de 1981, impulsó la idea para que volvieran los promedios. Sí, volvieron, porque en 1961 y 1962 -durante la presidencia de la AFA de Raúl Colombo- también se había experimentado con ellos. En la reunión del comité ejecutivo de la AFA del 22 de diciembre de 1981, ya presidida por Julio Grondona, la propuesta ganó propulsión. Y el 15 de abril de 1982 se oficializó. Se estrenó con la temporada 1982/83 y las primeras víctimas fueron Chicago y Racing. ¿Cómo? ¿Justamente la innovación no llegaba para proteger a los poderosos? Al *bautismo* no le faltó polémica: por el antiguo hábito les hubiese tocado a Racing (Córdoba) y a River, que terminó penúltimo en la tabla, con la peor campaña de su historia luego de 17 derrotas. La red de los promedios lo dejó a resguardo.

Tres temporadas (antes, seis torneos, sí, 114 partidos) son una fantástica coraza protectora para los tradicionalmente potentados que pueden caer en

desgracia. En cambio, el que llegaba del ascenso tenía 38 fechas para hacer maravillas. Y menos también, con los nuevos y estrambóticos torneos. Y por si faltara un refugio extra para los conjuntos de la división principal, en 2000 nació la Promoción. Otro tramado de contención, porque los equipos de primera cuentan con ventaja deportiva en caso de igualdad, además de definir la serie *en casa*.

En un mar embravecido por las objeciones, los promedios se mantienen a flote por las cómplices brazadas de los intereses.

La gambeta encarcelada

El fútbol ofensivo es infinito, interminable. Por eso es más fácil defender que crear. Correr es una decisión de la voluntad; crear necesita del indispensable requisito del talento. Pero los *distintos* están en extinción; entonces, se deprime la propuesta. Los buenos, los que enriquecen el torneo argentino, siempre se marchan. Los dueños de una fuerza creativa que les permite abrir, sacudir y resolver los partidos, se van.

Sin gambetas no hay nadie que rompa el juego rutinario. Las esporádicas apariciones son imantadas por las leyes del mercado exterior. Pero, además, la factoría hace tiempo que recortó su producción. “Desgraciadamente, el futbolista argentino viene perdiendo mucha técnica. Si no se maneja

bien la pelota es muy difícil estructurar un equipo. En la creación hay carencias y ésta es una tendencia difícil de revertir”, explicaba Miguel Ángel Tojo desde su espíritu docente. Y Hugo Tocalli acentuaba la alarma: “Encontrar ese jugador que en una gambeta resuelva las cosas es muy difícil” .

Hay habilidades innatas, desde luego; Messi trajo algo *maradoniano* en sus genes. Pero la vocación y el espíritu de superación pueden elevar el listón. Claro que los futbolistas, hoy, huyen de los esfuerzos que demanda su profesión. Esta vagancia alimenta el escenario de desamparo. Después, los entrenadores se llevan buena porción de la culpa. Porque los técnicos tienen poder y miedo, una sociedad temeraria. Poder, porque creció su protagonismo, y miedo, porque son el eslabón más débil. Esta sociedad perjudica a los futbolistas de soluciones espontáneas, que siempre reclaman libertades para jugar. Y se los perjudica desde las inferiores, porque el mandato de ganar también invadió las etapas formativas.

Hace ya muchos años, José Pekerman advertía: “Si me remito a los torneos anteriores, está muy clara la decadencia de la liga argentina”. Los años agravaron la visión. Mientras la cancha está sitiada por escándalos e intereses oscuros, la propuesta en el rectángulo tampoco invita a entusiasmarse. Regar las posibilidades artísticas a muchos no les resulta imprescindible. Será porque a casi nadie le sobra.

Mientras, el juego también arrastra su abandono.

La salida siempre es hacia adelante

“El imperio de la táctica no es más que un fenómeno reactivo ante la presión competitiva”, explicó un día Jorge Valdano. Como la derrota habitualmente es vista como un cataclismo, muchos entrenadores saben que se juegan el puesto y el prestigio en cada partido. Por un natural instinto de supervivencia, los temores acorralan a la creatividad. Miles de hinchas, muchos dirigentes y una buena parte de la prensa, también, se entregan a la gimnasia de glorificar al vencedor y castigar al derrotado. Un cóctel que parece no ofrecer escapatoria: cientos de partidos son espantosos.

En ese fútbol que suele reservarse demasiados trazos cautelosos, reconforta la apuesta ofensiva que intenta rescatar una nueva generación de entrenadores. Desde Facundo Sava hasta Marcelo Gallardo, desde Guillermo Barros Schelotto hasta Luis Zubeldía, pasando por Jorge Almirón, Gabriel Milito, Antonio Mohamed, Eduardo Coudet, Sebastián Méndez o Gabriel Heinze, entre otros.

Cuando casi todas las tendencias están gobernadas por el miedo, varios técnicos recordaron que hacia la victoria es aconsejable transitar desde el apego a los riesgos. Sin lirismos ni conductas suicidas. La ambición realmente se expresa desde deci-

siones valientes. El fútbol necesita orden, pero como punto de partida y no como absoluta prioridad, porque el orden tiende a prohibir. Se pueden construir conjuntos equilibrados y solidarios sin resignar atrevimiento.

No se puede jugar -menos, ganar- desde el sufrimiento. Allí surge el técnico en su máxima dimensión: el arte de convencer. Él es el dueño de los mensajes que entrega un equipo. Algunos eligen presionar y atacar inmediatamente después de recuperar la pelota porque eso les demanda menos elaboración. Otros entienden que para avanzar hay que jugar hacia los costados. Algunos apuestan por el vértigo y otros creen en la pausa. Pero siempre hacia adelante. Ojalá fuese contagioso. Aun desde escuelas diferentes, defender una propuesta que no rechace los recursos estéticos siempre va a reivindicar el placer de jugar.

Un video ref para la trampa

Los viejos futbolistas recuerdan que los goles de penal no se festejaban, porque así lo imponía el manual de las buenas costumbres. Los goles de penal se callaban, se reprimían porque era vergonzoso andar celebrando después de haber fusilado a ese arquero indefenso. Pero las urgencias atropellaron los códigos, la voracidad del triunfalismo ya no se detiene en los modales. Sería tan reparador co-

mo asombroso que *Fulano* detuviera la jugada tras bajar el centro con la mano y le dijera al árbitro que debía invalidar la acción, o que *Zutano* no empujara la pelota a la red al descubrirse adelantado. Boba ingenuidad. Muchos jugadores suelen inspirarse en ese espíritu ventajero que le da entidad a la trampa. Como fuertes oleadas mediáticas han instalado que el fútbol es para los astutos, la pillería se volvió una cuestión de honor.

Habitante de un universo paralelo donde la ruina siempre encontrará resistencia, una mañana José Pekerman comentaba que en el fútbol faltan visibles ejemplos de dignidad. “Estamos en un mundo que vive de la imagen, entonces es momento de que ocurran cosas de alto impacto, muy visibles, por ejemplo, que alguien haga un gol con la mano y que avise que no vale”. José hablaba, quizá, con candidez. Claro, Pekerman desdeña la estafa.

Si las reacciones no brotan espontáneas en los protagonistas, si creen que el compromiso y la nobleza no cotizan, alguien debe corregirlo. La asistencia tecnológica acude puntual para reparar omisiones. Un buen día, en Italia, después de revisar los videos, al delantero Alberto Gilardino lo suspendieron por dos partidos tras usar su mano para marcar un gol de Fiorentina. También el brasileño Adriano alguna vez tuvo que cumplir tres fechas de castigo cuando las imágenes descubrieron que había golpeado a un rival de Sampdoria. En realidad, por to-

da Europa sobran ejemplos. Es que la celosa vigilancia está activada porque hay determinación en aquellos Tribunales de Disciplina. Los gestos anti-deportivos irritan, tanto como las miradas distraídas que abundan por acá.

Los tutores del mal

Demasiado perverso todo. Los barrabravas nunca estuvieron solos porque siempre hubo quienes los apañaron, los cobijaron. Los escucharon. Así, indefectiblemente se comenzó a caminar al filo de un abismo que suele preceder a las calamidades. Tantas veces el temor y otras tantas los intereses abrieron las puertas de la impunidad. Desde entonces, ya es tarde. Tantos capítulos de connivencia le darían entidad a una enciclopedia. Queda a la vista la permisividad de un diálogo que no tendría que existir. Facciones con espíritu de rapiña que se crean con potestad sentimental. Nada es casual con tantos cómplices en los clubes.

Doloroso y dramático. La Asociación Civil por un Fútbol sin Violencia (www.salvemosalfutbol.org), contabilizaba al menos 312 víctimas alrededor de escenarios futbolísticos hasta mediados de 2016. Tantas veces con la complacencia dirigencial para los barrabravas y la objeción hacia algunos controles policiales. En definitiva, hombres que quedan en la mira por apañar a los forajidos. Y la sensación de

indefensión se agiganta porque muchos de los involucrados reconocen que *pactan*. ¿Se sienten más tranquilos por la confesión? Tendrían que esconderse avergonzados. Los violentos de varios clubes hasta han colgado mensajes en sus páginas partidarias en Internet y allí hasta admitieron que “gozan de algunos privilegios”. A confesión de partes...

Después de cada tragedia se escuchan golpes publicitarios sobre escritorios de dirigentes que se esmeran por poner cara de preocupados. Mentiras de ocasión. Juegan con la muerte y eso es imperdonable. Desde los sucesivos gobiernos se intenta impulsar que estos disturbios no son del fútbol, sino de una sociedad acuciada por la violencia y por la marginalidad. “El fútbol está sirviendo como identificador de delincuentes que andan sueltos y se juntan con este deporte como excusa. No se les puede pedir a los dirigentes que controlen situaciones que ocurrieron lejos de una cancha”, exclamaba Julio Grondona para distribuir culpas. Era una superficialidad creer eso. Un engaño hipócrita. El fútbol crea monstruos, riega los brotes y, cuando pierde su control, busca desprenderse de las consecuencias.

Los referentes de la seguridad en los espectáculos deportivos juran sentirse maniatados porque no hay denuncias. Después, el código de silencio se encarga de que todo siga igual. Los barrabravas detenidos se encubren entre sí. Si un jugador es *apre-*

tado, casi nunca lo reconocerá en público. El primer paso es sacarse la careta. Pero no sólo para admitir que deben *transar* para evitar los desbordes porque, en definitiva, eso sólo se trata de otra impositiva medida para tener una oportunidad más. Nuevamente, en el aire rancio, conviven el descrédito, el recelo, el pánico y la sumisión. Todos pierden. Los barrabravas siguen aterrorizando porque ayer y hoy, alguien o algunos, se ocupan de su supervivencia.

La mentira del cuarto puesto

Cuando el juego deja de ser lo más importante es un problema. Y en la Argentina hace tiempo que se corrió del eje. Desde ese umbral se recibe como una broma de mal gusto el anuncio de la Federación Internacional de Historia y Estadísticas del Fútbol (IFFHS), que a principios de este año ubicó al torneo local en el cuarto lugar entre los 10 mejores certámenes del planeta. Nunca puede ser una liga de elite aquella que, esencialmente, desprecia a los espectadores. Por esta región del fin del mundo, y pese a algunas buenas intenciones que florecieron bajo el cañoneo de muchos goles, la jerarquía de las propuestas es lo de menos. Y por el envase, programación e infraestructura, nadie se preocupa. El centro de los debates suele estar entre zonceras, llantos y cotillón, mientras la Premier League observa este ranking desde un postergado séptimo escala-

fón. Absurdo. Al menos la Bundesliga ascendió al podio –España e Italia, las primeras–, porque hasta la temporada anterior también estaba detrás de la Argentina.

Nuestro fútbol, de tan deteriorado, se sometió al ridículo planetario de jugar un superclásico bajo un diluvio que lo desvirtuó. También, suele condenar a varios partidos al calvario de los potreros. Los males estructurales que arrastra la Argentina alimentan un listado interminable. Acá importan los colores y el marcador final. El resto da igual. Una liga que repite sus errores jamás puede cotizar en alza. La Argentina, incluso, se las ingenia para engendrar un monstruo de 30 cabezas, de febrero a noviembre, y al año siguiente, otra vez 30, pero ahora apretados de febrero a mayo en dos zonas de 15. Inventos mutantes que expusieron a ricos y pobres en un dispartado carrusel de partidos.

Únicamente desde la pasión, tantas veces irracional, puede intentarse dibujar una explicación. De otro modo no se entiende que alguien concurra a un lugar donde sabe que será maltratado. Por el marco, las incomodidades y el artículo que se ofrece. ¿Alguien se imagina la reacción de los espectadores en un recital de los Rolling Stones donde no funcione el sonido en el Monumental? Se trataría de un escándalo. Comprensible, por cierto, frente a la estafa. Pero el hincha de fútbol no reclama, ofrece una fidelidad casi inconsciente. Como si la procesión

hacia el estadio lo llevara hipnotizado. Peor: hasta acepta como parte del folklore que ir a la cancha represente someterse a un catálogo de incomodidades. Y los que se ocupan de organizar el fútbol argentino lo saben. Administran un producto que se vende solo. Entonces, se abusan.

Los futbolistas están enfermos

Acá se acepta la astucia y ese espíritu ventajero que le da espesor al engaño. “Queridos jugadores, quisiera recordarles especialmente que, con su modo de comportarse, tanto en el campo como fuera de él, en la vida, son un referente. Aunque no se den cuenta, para tantas personas que los miran con admiración, son un modelo, para bien o para mal. Sean, por tanto, conscientes de esto y den ejemplo de lealtad, respeto y altruismo”, rogó el papa Francisco frente a los integrantes de la selección de Alejandro Sabella, en agosto de 2013, en la Sala Clementina del Vaticano. Corderos desobedientes... Demasiados futbolistas no comprenden su dimensión. Y tampoco les importa.

Muchos se mofan y desprecian a través de las redes sociales. Otros tantos se muelen a patadas, se salivan y se punzan con bajezas morales sobre sus esposas. Fingen, disimulan, teatralizan. No le devuelven la pelota al rival, o lo hacen allá lejos, sobre la línea de fondo para sacar ventaja y asfixiar la salida. Ni

caballerosidad ni fair play. Traicionan.

Solidarios ante las cámaras, se acuerdan de Agremiados cuando huelen un beneficio. Desleales, filtran información cuando buscan desestabilizar a un entrenador o ya no soportan a un compañero en el mismo vestuario. Interesados, son más atentos con la prensa que les asegura un canje o algún voucher. Cómplices, obedecen a los mandatos de la barra brava. Guapos en Twitter, pero de dudosa valentía cara a cara para resolver conflictos entre ellos. Vengativos, muchos razonan desde el rencor. Se anotan en todos los atajos que los salve de parecer ingenuos. Expertos en la viveza criolla, exhibirla con deleite completa la obra. Una máxima muy extendida asegura que los jugadores son lo más sano del fútbol argentino... Otra mentira que endulza su agonía.

Eufemismos de un fútbol aburrido

El lenguaje del fútbol tiene sus singularidades. Todos somos capaces de reconocer las características de un equipo “duro”, o la ingenuidad que se le asigna a un equipo “lírico”. Están los “molestos”, los “audaces”, los “picapiedras”... En definitiva, cada vez que se define con esas etiquetas, todos sabemos inmediatamente de qué estamos hablando. Pero hay una escala de clasificación más sofisticada, que esconde algunas verdades bajo la elegancia de términos aceptables. Son los equipos equili-

brados, inteligentes, los que trabajan los partidos.

Nadie en su sano juicio diría que no pretende el equilibrio. Es una palabra con tremendo consenso. El asunto es que la balanza que mide el equilibrio en el fútbol está “tocada”: siempre hay que poner más peso en la defensa para que se vea balanceada. Nadie advierte desequilibrios ofensivos. Un equipo en el que predominan futbolistas mejor vinculados con la tarea de negarle creatividad al rival, se presume equilibrado. En cambio, aquel que aspira a dominar el juego, a atacar con más frecuencia y a defender lo más lejos posible, ése es un equipo desequilibrado en el mejor de los casos, o tonto, cuando pierde.

Es una hipótesis débil que encierra una contradicción insalvable: un talentoso puede aprender a defender eventualmente, puede entregar su esfuerzo o desplazarse más de lo normal; hacerlo depende de su voluntad. En cambio, el talento no se aprende. Todo se puede mejorar, pero hay un límite impasable. Por lo tanto, siempre será mejor para el equilibrio disponer de una buena cantidad de jugadores con ese perfil.

Los equipos “inteligentes” son aquellos que asumen un rol de inferioridad esperando el momento justo para robarle la billetera al adversario. Si lo consiguen, se jactan de su picardía. Cuando la diferencia de recursos entre dos equipos es escandalosa, no se elige asumir ese rol. No queda otra, la potencia del adversario le impone su condición. Aho-

ra, cuando las fuerzas son parejas, cuando hay equivalencias, hay entrenadores y equipos que eligen vivir de esa manera: cerrando pasillos, blindándose en su campo, orgullosos de la estrategia. Sin ofender, son parásitos que necesitan de otro cuerpo para ser. Son expertos en la pelota parada, el doble cinco, en tomar rebotes y en la segunda pelota. Prefieren los pases largos, jamás juegan hacia adentro, y evitan a toda costa un pase atrás a su arquero. Les aburría el Barça o el Bayern Munich de Guardiola y les encanta hablar de fracaso cada vez que alguien no gana.

Luego están los que “trabajan los partidos”, que no es más que dejar que pase el tiempo sin tomar ningún riesgo, acompañar el cronómetro y, si el azar ayuda, incluso hasta se puede ganar. Eso sí, acá no hay eufemismos: trabajan de verdad. Exhiben un estado atlético envidiable, les sobra vigor, abundan los choques y escasean las paredes. Hace tiempo que esto no les parece más un juego y disfrutar no está entre las opciones. Tienen una visión espacial del fútbol: la pelota es un mal necesario.

No hay un manual de cómo debe ser el fútbol. Dentro de las reglas, todo es admisible y hay lugar para todos. Al fin y al cabo, cada cual siente el fútbol como quiere. Eso sí, la inteligencia, el equilibrio y el trabajo no tienen la culpa.

La cruel salida de la selección

“Prefiero irme cuando me piden que me quede, y no quedarme cuando todos piden que me vaya.” Eso explicó Pelé en 1977 cuando cerró su carrera en el Cosmos de Nueva York. Pero la realidad es más compleja que el enunciado. Será porque el reflector mediático un día deja de enfocarlos y los privilegios de repente desaparecen, que generalmente a los grandes futbolistas les cuesta aceptar el retiro. En muchos casos, la decisión es más sencilla para el jugador medio que para el consagrado. ¿Cómo bajarse del gran teatro cuando todavía se habita el pedestal? Alejarse como Enzo Francescoli, Alberto Acosta, Ubaldo Fillol o el Beto Alonso –símbolos de River, campeones del mundo en 1978- , sólo por citar un puñado de ejemplos envueltos en títulos, récords o elogios, no es usual. Ni sencillo.

El síndrome del día después merece respeto y atención. Alonso, mucho después del adiós, reflexionó aún con temblequeos: “Corrió tanto frío por mi cuerpo que parecía que estaba muerto”. El técnico José Yudica, campeón con Quilmes, Argentinos y Newell’s, acentuó la desazón: “El día que dejé el fútbol empecé a morir un poco”. Jorge Valdano lo recordó con poesía: “Me retiré con el dolor de quien deja un amor”.

En ocasiones, el recorrido puede transitar del estrellato a casi el anonimato. O, al menos, al olvido. Aprender a convivir con esas nuevas sensacio-

nes se vuelve un ejercicio más complicado que practicar hasta que caiga el sol una rutina de centros al segundo palo. Esa herida narcisista no se cura con un par de puntos de sutura. El ahora ex futbolista teme hasta perder su identidad. “Lo peor del fútbol es tener que dejarlo. Esto lo sabe cualquier jugador profesional. No lo piensa ni le preocupa mientras juega. Es más, ve el ocaso como algo lejano que les puede suceder a los demás y de repente se encuentra con una jubilación”, escribió Roberto Perfumo.

El futbolista es un hombre todavía joven cuando ya no sirve para lo único que sabe hacer. Para lo único para lo que se preparó. Y, sin embargo, le queda más de la mitad de su vida por delante. “Demasiado pronto, ya está atravesado por la impronta de lo caduco”, como explicó el psicólogo deportivo Darío Mendelsohn. Algunas excepciones, desafían con éxito la tendencia: por ejemplo el genial Jorge Valdano, o Diego Latorre, o Juan Manuel Herbella, o Javier Zanetti y Carlos Mac Allister en sus roles dirigenciales...

Y especialmente en el fútbol argentino hay una parcela que ha retratado con singular crueldad el último paso de sus protagonistas. Envuelta en su espiral de derrotas, la selección socavó hasta la imagen de sus emblemas. Casi nadie puede lucir un cierre brillante en celeste y blanco. El repaso se vuelve desolador al detenerse en el acto final de cada uno.

Para Diego Simeone fue la caída con Inglaterra en el Mundial 2002; a Oscar Ruggeri lo despidió la derrota 2-3 con Rumania en la Copa de 1994; Mario Kempes ya no jugó tras la eliminación ante Brasil en España 82; para Roberto Ayala, su gol en contra con Brasil en la final de la Copa América de Venezuela 2007 resultó una lápida; Daniel Passarella nunca se imaginó que el 7-2 frente a Israel, estación previa a México 86, sería su adiós; Gabriel Batistuta se marchó con el 1-1 ante Suecia, en Miyagi 2002; a Juan Pablo Sorin lo sacaron Lehmann y los penales en el Mundial de Alemania 2006, y a Jorge Burruchaga el penal de Brehme en la final de Italia 90.

Claudio Caniggia recibió una roja en el banco en el Mundial 2002, el Pato Fillol ya no tuvo oportunidades tras el agónico 2-2 con arremetida de Ricardo Gareca ante Perú, Ariel Ortega correteó por un olvidado amistoso en Cutral-Có, y Diego Maradona se marchó de la mano de una enfermera en Estados Unidos 1994. Culpa, vacío, sadismo, desconcierto. Vaya si las despedidas saben causar dolor.

Los futbolistas al poder

La FIFA tuvo utilidades por 2602 millones de dólares por el Mundial 2014. La selección argentina, por llegar a la final, recibió menos de 40. La FIFA gana lo que gana gracias a Messi, a Neymar, a James Rodríguez, a Alexis Sánchez, a Di María, al *Kun*

Agüero... Por mucho que ganen las estrellas del fútbol, son migajas si se lo compara con la inmensidad del negocio. Sin embargo, los futbolistas y entrenadores, miran desde afuera.

Alguna vez Maradona y un grupo de jugadores amagaron con sindicalizar el fútbol global. Desde luego que era una idea legítima. Si estuvieran agrupados en un organismo, tendrían fuerzas para reclamar un poder que les pertenece y que nunca reclamaron.

La FIFA funciona como una multinacional que apenas promueve algunos planes de desarrollo en lugares pobres para lavar la conciencia o por mera propaganda. Hace tiempo que perdió de vista la deportividad, o en todo caso, sólo la fomenta cuando es rentable. Y encima ahora, toda esta trama de corrupción, venta de votos, compra de favores, lobbies y cabildeos nauseabundos...

Un revolucionario de los 70' les diría a los futbolistas que "están dadas las condiciones objetivas para tomar el poder". Pero no, no parece una posibilidad verosímil. ¿Se imaginan que los jugadores y entrenadores hubieran decidido no jugar la Copa América de Chile o no acudir a los Estados Unidos? ¿Se imaginan el impacto de ese boicot: Messi diciendo que no iba porque la Copa estaba manchada, Neymar a su lado, y las principales figuras y técnicos sudamericanos respaldando esas palabras?

Eso sí que habría sido una revolución. Pero ni

siquiera hubo tiempo para pensarlo. Una versión menos ambiciosa, en cambio, podría haber sido la siguiente: el mismo escenario, jugadores y entrenadores juntos, reclamando a la FIFA que tenga el decoro de permitirle a Luis Suárez jugar la Copa América de Chile 2015; que la sanción estaba bien, pero que ya había sido suficiente con sacarlo del Mundial, expulsarlo de la concentración y poco menos que deportarlo, además de no poder jugar amistosos. Nadie dice que Suárez no debía ser sancionado; hasta Suárez está de acuerdo. Ahora bien: quienes lo sancionaron, a la luz de los hechos, ¿tenían altura moral para impartir semejante castigo? La mordida de Suárez fue una caricia en comparación con las “mordidas” de la FIFA.

Los episodios de Zurich van a cambiar a la FIFA. Lo que aún no se sabe es cuál será el nuevo rumbo, ni quiénes liderarán el nuevo ciclo. El cambio por sí solo no es garantía ni de mejoras ni de justicia ni de transparencia. Los jugadores (y entrenadores también) tienen ahora, por primera vez, la posibilidad de reclamar el poder que les pertenece, de participar directamente de las decisiones, de sentarse en la FIFA y gritar. Para eso hay que hacer algo más que jugar. Juan Sebastián Verón, quizá, esté enseñando un camino desde la presidencia de Estudiantes. En general, el futbolista quiere jugar y ya. Y está bien. Pero quizá ésta sea la única oportunidad de entrar a la FIFA por la puerta que hoy, aho-

ra mismo, les abre la historia.

Los técnicos, entre la cornisa y la pasarela

La irrespetuosidad contractual con los entrenadores está tan enquistada que ya parece una manera de proceder en el fútbol argentino. Pero no siempre los técnicos son los mártires. Es que, pese a los atropellos, varios son serviles al circo. José Pekerman, a contramano de una corriente decadente, alguna vez regaló otra lección de conducta: “Aunque me gustaría dirigir en la Argentina, no quiero hacerlo apenas un colega se queda sin trabajo. Es que la profesión está mal interpretada; lo único que quieren los dirigentes de los clubes es que uno llegue para tapar agujeros y apagar incendios”. Hay DT/víctimas que se desechan con un soplido, y también DT/cómplices que sólo eligen cobrar hasta el último día en que trabajaron a cambio de no quedar marcados, conseguir la libertad que les permita negociar con otro club y no bajarse del gran escenario. Es una profesión tan endiosada como bastardeada. Algunos la dignifican y otros la desacreditan.

Son muchos entrenadores y no tantos casilleros, pese a los últimos torneos multitudinarios. No hay espacio para todos. Entonces, algunos se muestran sin pudor en esa bolsa de trabajo. Llaman, preguntan, se ofrecen a través de alguien. Presionan; a veces, serruchan. En el mercado laboral ar-

gentino abundan los técnicos que tienen el hábito de sentarse ante las cámaras para asegurarse ser inquilinos de la vidriera. “Hay que estar en ese entorno que muchas veces forman dirigentes, empresarios y hasta periodistas porque a partir de ahí surgen entrenadores que siempre tienen trabajo”, disparó Mario Kempes. Es así: salen eyectados de un lugar y al tiempo son la esperanza de un nuevo club. El arquero Nery Pumpido, campeón del mundo en México 86, un habitual postergado, apuntó: “Como no sirvo para ir a tomar café con éste o con aquél, ni tampoco para recibir regalos en programas de TV, entonces termino perdiendo cada vez que entro en una terna para dirigir un equipo”.

Justamente a Pumpido entrevistó la revista El Gráfico en junio de 2005: ¿Qué importa más para tener trabajo como DT? ¿Un apellido con chapa, hacer lobby? “El lobby es muy importante. Conozco varios que se han pasado horas haciendo lobby, que han consumido litros de café, que han gastado fortunas en llamadas telefónicas. Para algunos dirigentes, eso vale más que otras capacidades. Así se han pegado la cabeza contra la pared, también”. Nery conoce este juego macabro y acomodaticio. Reniega. Y lo paga.

Día tras día se observan peores partidos. Y a la debacle se asocian demasiados entrenadores cuando sacrifican las ideas por el resultado. Cuando por las urgencias y el espíritu de supervivencia se cubren

de conservadurismos. La histeria del medio los asusta, entonces buscan blindar a sus equipos. Casi todos mienten. Declaran con un atrevimiento que después en la cancha se transforma en recaudos. Se ofenden por conductas de colegas... que después imitan sin sonrojarse. Acostumbrados a caminar por la cornisa, también aprendieron a desfilarse por la pasarela mediática.

Saben un montón o son del montón

Sólo uno gana. Siempre. Habrá un equipo campeón, habrá entonces un entrenador campeón. ¿A los demás se impondrá describirlos como inútiles? Claro que no. Pero tantos mensajes mediáticos de nefasta penetración siguen socavando las bases de una profesión que convive con la quemazón. Proyectos apedreados por pataleos populares, discursos volátiles de muchos dirigentes, renunciadas reales o inducidas, y hasta planteles capaces de tejer un complot. En la Argentina, la intolerancia futbolística carga con un poder destructivo insuperable.

Pero a la debacle también se asocian muchos técnicos. Cuando el espíritu de supervivencia debilita su poder de persuasión, y negocian sus convicciones, se doblan, se agrietan, se arrodillan. La histeria del medio los asusta, entonces buscan blindarse de cualquier forma. El tobogán hacia el desprestigio es inexorable. Hay técnicos para tormentas, y

entrenadores que auguran huracanes.

La ruleta siempre sólo premiará a uno. Pero hay conductas y propuestas que deben quedar a salvo de derrotas. Hoy, cuando varios entrenadores de peso y recorrido han anclado sus carreras en una meseta, igual conviene mirar la profundidad e imaginar la proyección de la historia, y recordar sus esplendores sin desentenderse de sus derrapes. Pero en tiempos líquidos, brota esa pregunta que siempre busca una sentencia: ¿sirve o no sirve? Actualmente, con trabajo o desocupados, Leonardo Astrada, Nery Pumpido, Gabriel Schurrer, Omar Asad, Antonio Mohamed, Ricardo Caruso Lombardi, Néstor Sensini, Miguel Ángel Russo, Diego Cagna, Ricardo Gareca, Néstor Gorosito, Claudio Borghi, apenas entre algunos nombres, atraviesan arenas movedizas que devoran su crédito. Llamados de atención que invitan a la autocrítica, aunque nada es definitivo. Como el éxito, naturalmente desleal.

Hay técnicos con el talento de un artista, y otros con el gallináceo vuelo de los mamarrachos infantiles. Técnicos que encienden ilusiones y otros que se queman en un par de partidos. Técnicos con economía de palabras y otros de despilfarro dialéctico. Hay técnicos que saben un montón y técnicos del montón. Técnicos pintorescos, y otros que son pintura. Hay entrenadores que creen que el fútbol nació con ellos, y técnicos que creen que el fútbol terminó en ellos, como cuenta el sagaz periodista

Walter Vargas. Hay joyas de la abuela guardadas en un cajón y baratijas que quieren cotizar en Bolsa. Cualquiera puede ganar, pero a ninguno le conviene engañarse.

Mil maldades por ejecutar

Políticas refractarias. Hospitales vandalizados, comisarías saqueadas y aulas violentas. Calles salvajes, plazas enjauladas y la estatua de ídolos destrozada como un ejemplo más de la sinrazón. Y los estadios de fútbol en constante erupción. Esos colosos de pasiones convertidos tantas veces en altavoces de penurias, frustraciones y rencores. Tristes cajas de resonancia del retraso educativo de una sociedad atravesada por una crisis crujiente.

El juego en la Argentina parece ofrecer una etapa de florecimiento. No su organización, tan precaria e incoherente como siempre. Después de años de aburrimiento y mezquindades, las canchas mejoraron su oferta desde propuestas que cuidan la elaboración, que asumen riesgos e invitan a seguir los partidos de pie. Se enriqueció la idea, mientras las adyacencias culturales no salen de su empobrecimiento. Fallan las conductas de las dos figuras centrales, los auténticos protagonistas que tiene este deporte: los futbolistas y los hinchas. Demasiados simpatizantes entregan civilidad, instrucción y respeto apenas con cuentagotas. Y las traiciones de

los jugadores se anotan fecha tras fecha.

La masa futbolera, desde la impunidad que otorga el monstruo de mil cabezas, se atreve a cualquier despropósito. Hiriente, destructiva, ingrata. El abanico de víctimas acorrala desde el árbitro hasta los rivales, pero sin desatender a los propios jugadores, que también caen en desgracia. “In Argentina, violence is part of the soccer culture” (“En Argentina, la violencia es parte de la cultura del fútbol”), titulaba hace tiempo un artículo de The New York Times. “Los disturbios en parte reflejan a una sociedad argentina cada vez más violenta, donde la delincuencia callejera ha ido en aumento...”, explicaba. Muchos simpatizantes se enorgullecen de su poder, y lo ejercen desde los abusos. Peligro: los hinchas están enamorados de sí mismos. Sobran gestos irracionales que retratan la descomposición social. Ejecutar un córner en este país es someterse al inmundito agravio de una catarata de salivadas. Una foto de la regresión. ¿Importa? Apenas un momento, casi lo que dura un flash informativo. El mensaje ya se ha instalado: una creciente degradación late en las canchas con pasmosa naturalidad.

Un gran lote de jugadores tampoco colabora. Los que simulan faltas, guapean para exigir una tarjeta y desenfundan su pillería para adelantarse en una barrera. Una de las cualidades de este deporte es que pone a prueba el sentido de nobleza e integridad de las personas. Sobran histerias y provoca-

ciones al servicio de la queja. Y deslealtades, porque codazos, patadas y simulaciones se volvieron frecuentes. Después, la hipocresía y el discurso acomodaticio se ocupan del resto.

El fútbol argentino está tapizado de maldades por ejecutar. Los hinchas son impacientes y provocadores porque el costo social cuando se pierde es altísimo y en varias ocasiones los medios fomentan esas turbulencias. Los límites podrían estar ligados a la placidez de conciencia, pero se vería como una candidez. Otra postal decadente. Futbolistas e hinchas, actores de exasperaciones que proceden de la desarticulada sociedad argentina, cómplice de la agresividad y la desacreditación. Más allá de títulos y festejos, huérfano de valores, el fútbol es igual de pestilente.

Los periodistas somos culpables

La frase pertenece a Marcelo Bielsa. “Acepto que soy el responsable, pero no soy un inútil. Una porción de la prensa considera que al conjunto que perdió hay que destruirlo y buscar argumentos para que quede como inútil.” Había llegado al país tras el prematuro derrumbe en la Copa de 2002 y desde varios sectores del periodismo se le tendía una cuerda para que se colgara en el primer árbol. En la Argentina hay un costo social cuando se pierde que muchas veces los medios se empecinan en exaltar.

Condena y absolución, el cielo y el infierno, héroes y villanos, una gimnasia extrema que siempre se afila los dientes.

Como la decepción cotiza un lapso fugaz, enseguida hay que poner en funcionamiento la maquinaria de las ilusiones. La voracidad y el desequilibrio suelen acompañar al medio periodístico con una fidelidad desaconsejable. Los hinchas pueden ser ansiosos, exigentes, contradictorios, agresivos. Nuestra sociedad lo es. A los que trabajamos en los medios nos cabe preguntarnos qué responsabilidad nos toca. Mucha, no podemos hacernos los distraídos. Tantas veces fomentamos esas turbulencias. Hay intencionalidad y hasta operaciones de prensa. Convicciones que caen en el olvido por la imposición de conveniencias. A esta profesión, como a tantas, algunos no la honran. Nosotros seguramente no estamos invictos (Passarella dixit), también hemos fallado. Aunque en el cambalache es imprescindible tomar distancia: desde una vergonzante - pero no inescrupulosa- incapacidad.

Todo es tan acelerado como inconcebible. El vértigo domina al fútbol argentino y ese atropello conduce a torneos intensos, implacables y crueles. Desde todos lados se legisla para que el reciclado permanente mantenga en alto el interés, renueve la polémica y el ruido quede a salvo. Entonces..., la prensa eleva ídolos y después los deja caer para devorarse sus pedazos. Inventa cracks a los que más

tarde condena. Vaticina un futuro de gloria, pero si finalmente el destino se reserva otros planes, se desentiende de las predicciones.

La crisis llegó a las canchas

A medida que el potrero dejó de ser el inagotable proveedor de cracks, aparecieron temas coyunturales que acentuaron la preocupación alrededor de las divisiones inferiores: fragilidades físicas, déficits alimentarios y, principalmente, serios conflictos familiares: desde hogares violentos y disfuncionales, con causas judiciales incluidas, hasta chicos que saliendo de la adolescencia ya son padres. La desarticulada red social del país ha desembarcado en el fútbol.

“Antes venía casi todo resuelto desde la casa y a lo sumo en un día les explicabas las normas de trabajo. Lo que antes te llevaba un día ahora te lleva un mes”. Gerardo Salorio es el que va y viene en el tiempo, trémulo testigo de la metamorfosis, dueño de un crudo retrato. El fútbol no es culpable de nada, simplemente refleja a la sociedad. “A los chicos los empiojó todo lo que empiojó al país”, resume el histórico preparador físico de los seleccionados juveniles de José Pekerman.

Las adyacencias culturales de las canchas se han empobrecido. “El fútbol es una cuestión de Estado, de país, de cultura. El fútbol es un juego y al

juego hay que entenderlo. Y para entenderlo hay que pensar y para pensar hay que ir a la escuela. No todo termina en el fútbol, hay un contexto mucho más grande en el que hay que fijarse. En ese sentido, no estamos como estábamos antes”, explica Javier Mascherano. Se suma Claudio Vivas, ex ayudante de campo de Marcelo Bielsa: “Cuando me siento con un jugador de primera que no hizo ni la primaria ni la secundaria y le quiero explicar un nuevo sistema táctico, a veces me mira con los ojos desorbitados. Le cuesta mucho más a ese chico jugar al fútbol porque el nivel interpretativo del futbolista ha caído mucho. Y va de la mano, lógicamente, de su mala formación educativa”. Muchos pibes creen que nadie puede enseñarles nada. “Los chicos tardan en madurar porque están pendientes del celular, de la minita... Antes no había nada. Lo único que a mí me importaba era jugar en primera, y si para eso tenía que comer pasto, me comía un kilo. Hoy tienen todo al alcance y eso los retrasa”, reflexiona Gabriel Heinze, ex zaguero de Real Madrid y Manchester United y PSG, entre otros clubes de elite.

La fuga de conductas y educación se encarga de agravar el escenario. Muchos chicos ya no escuchan a los grandes como antes. Encargados de las inferiores confían sus luchas por que cumplan reglas básicas, como apagar las luces en determinado horario. “Varios llegan de familias que viven de planes

laborales, donde la mayoría no vio nunca trabajar al papá. Familias donde los abuelos son muy jóvenes... Chicos que viven en zonas difíciles? Hace muchos años el «ey amigo, tenés tal cosa o me das tal cosa?» no existía; ahora todo es «ey amigo». Las veces que les digo «aprendé a hablar». Manejan 300 palabras y de ahí no los sacás. Te dan ganas de boxearte un ratito con cada uno, pero mejor que eso es comprometerse. ¿Por qué no tenemos líderes en la sociedad? Porque nadie se involucra”, agrega Salorio.

Marcelo Roffé, psicólogo deportivo con 21 años de trayectoria y experiencia en las selecciones de la Argentina y Colombia, acerca su impresión: “Estos adolescentes tienen que madurar antes de tiempo. Algunos ya son padres de familia y el sostén económico de todo el grupo familiar, o por el dinero que les da el club para que nadie se lo robe o por la plata que les da el representante. Así se aceleran los tiempos de esos chicos, y lo apurado generalmente sale mal. «Todo me pasó demasiado rápido», es una frase que escuché muchas veces en boca de varios futbolistas. Y es así”.

“Cuando les interesa un jugador, desde Europa preguntan mucho por el costado profesional. ¿Se cuida? ¿Qué familia tiene? ¿Vive solo? ¿Está casado? ¿Tiene una sola esposa? ¿Le da bola a la preparación? ¿Le gusta el fútbol? El argentino se hace futbolista fuera de su país, cuando entiende que tiene que cuidarse todos los días”, relata Heinze.

Cuando Sergio Agüero llegó en 2006 a Atlético de Madrid, el nutricionista del club *colchonero* abrió muy grandes los ojos al conocer los hábitos alimentarios del *Kun*: “Come solamente carne y no toma agua porque dice que no le gusta ni en pintura”. A muchos futbolistas argentinos que llegan a Europa les cuesta adaptarse a las nuevas pautas de nutrición. Los excesos de grasa, el vicio por la carne roja, el rechazo a la leche, el pescado y las verduras describen un costado poco profesional. Claro, de chicos, algunos ni acceden a esa dieta. Ahí también llega el socorro social de los clubes.

Tantas fotografías oscuras proyectan una sombra película. El deterioro de varias estructuras básicas impacta sobre la producción del semillero. Frente a la sentencia de que ya no aparecen cracks como antes también convendrá rastrillar las razones más allá de los límites de una cancha: la avería sociocultural del país es parte de la explicación.

Los olvidados del 78

Los campeones del 78 parecen signados por el olvido. Detrás de ellos habita una historia de indiferencia, una sensación de desatención. La mayoría de aquellos protagonistas del primer título mundial, responsables de una *bisagra* en la vida de la selección, rumbo a cuatro décadas de la consagración están desocupados. Al concluir sus carreras, 17 de aque-

Ilos 22 futbolistas escogidos por César Luis Menotti se convirtieron en técnicos, pero sólo Daniel Passarella, Américo Gallego, Ricardo Lavolpe, Osvaldo Ardiles y, en menor medida, Ubaldo Fillol, trascendieron en el cargo. El fútbol argentino prácticamente no se ocupó de hacerles un lugar a los demás.

Casi ninguno superó la cruzada contra ese cóctel de desdén y omisión. Sobran ejemplos de entrenadores que sumaron años y años sin sentarse en algún banco: Norberto Alonso, Alberto Tarantini o Daniel Killer. O Rubén Galván, con nada mediáticas incursiones por las ligas de Necochea, Arroyo Seco y Formosa. O Miguel Oviedo, que trabajó en Catamarca. O Rubén Pagnanini, que sólo encontró una posibilidad en su San Nicolás natal. Y qué decir de Mario Kempes, tal vez el caso emblemático: se adaptó como crítico deportivo después de vivir como un *trotamundos* por Indonesia, Arabia Saudita, Albania, Bolivia y la serie C italiana desarrollando una tarea que la Argentina no le ofreció.

Alguna vez Jorge Olguín se quedó sin un puesto que se tuvo que procurar en Costa Rica. Héctor *Chocolate* Baley dirigió la primera de Talleres en la Liga cordobesa. Leopoldo Luque volvió a la escuela del club Banco Nación, en Mendoza, tras un paso fallido por Independiente Rivadavia. Omar Larrosa apenas tuvo una breve estada en Huracán. Julio Villa trabajó en el ascenso con Defensa y Justicia, Quilmes, Atlético Tucumán y Tigre antes de acom-

pañar a Ardiles como ayudante de campo, en Racing. Todos estos apellidos están emparentados con fantásticas remembranzas que a veces se zarrandean para quitarse las telarañas.

Las fieras pasan al diván

La técnica busca precisión, habilidad, fantasía. La táctica, orden, estrategia, planificación. El físico, velocidad, resistencia, potencia. Y la mente persigue decisión. Porque la duda es la peor enfermedad en los juegos competitivos. La duda paraliza, invalida. Si el desenlace de un campeonato produce angustia y no rebeldía, eso se traduce en incertidumbre, confusión y desconcierto.

No se puede jugar desde el sufrimiento. Es conveniente hacerlo desde el impulso que da la alegría de alcanzar un título; en definitiva, un sueño que cualquier futbolista acuna desde la niñez. Cuando el miedo se instala como huésped es difícil desalojarlo. ¿Cómo exorcizar a ese fantasma? Con respeto por la pelota, más personalidad, autoridad y valentía. Quien se atreve a reunir estas virtudes se acerca al título. En su tramo decisivo, los campeonatos exigen un salto de coraje de aquel que pretenda adueñárselo. Muchas veces los equipos argentinos son desconcertantes: pasan de una fecha a otra, con incomprensible facilidad, de fieras carnívoras a un tierno bambi herbívoro. Del pelotón de fusilamiento al diván.

Es que la consagración de un equipo con espíritu temeroso podría traer una indeseable contraindicación: que luego lo copien. Se ha impuesto casi como una obligación seguir al que gana creyendo que sólo por eso tiene razón. César Luis Menotti alguna vez pronunció una frase esclarecedora: “El fútbol es orden para la aventura”, aseguró el técnico. Porque descartada del inventario la ingenuidad, si después no se asumen riesgos no hay creatividad. Ni triunfos ni títulos.

La ambición debe ganarles a los temores. El pánico a perder algo deseado produce amnesia, entonces ya nadie se acuerda de la confiable pareja que componen la audacia y la determinación. La intromisión del miedo en el fútbol no merece un final feliz.

¿Y dónde están los buenos?

Desde el desembarco de Fútbol para Todos, la sostenida inyección de dinero para los clubes es millonaria. Para esas maltrechas instituciones argentinas se trató de una bendición para intentar socorrer arcas desvalidas... ¿o desplumadas? Al menos habrá coincidencia en que casi siempre fueron mal administradas. Claro que tres años después, el escenario está aún más descompuesto. Lo que invita a pensar que los dirigentes no sólo han sido incapaces. Van algunas cifras obscenas que arriman una sensación de ultraje: la deuda de las entidades con

la AFA es de 985 millones de pesos, un 473% más grande que una década atrás.

Mayoría de tesorerías raquíticas dan cuenta de pésimas gestiones. “Fui demasiado bondadoso. He dado dinero, mejor dicho la AFA, y les dio la oportunidad de gastar más”, le confesó Julio Grondona al diario La Nación hace un tiempo. Grondona se equivocó (aunque hacerse el distraído cuando le convenía fue el sello de su política de clientelismo) porque subvencionó malos gerenciamientos. Y el Estado resultó cómplice porque se esmeró en no controlar ese grifo detrás de beneficios demagógicos, propagandísticos y de adoctrinamiento. Y los dirigentes, también, porque actuaron con la impunidad de los que se saben protegidos por un sistema que acepta como natural lo inadmisibile. Lo inexplicable se volvió normal.

Los clubes disfrutaban de otra oportunidad para el despilfarro. Y la honran. No dejaron pasar la ocasión para afirmar la profunda crisis dirigencial que conduce a este desvencijado fútbol. Les tendrían que pesar en su conciencia tamaños desmanejos del dinero público.

Al menos algunos protagonistas se han atrevido en los últimos años a alzar la voz. Sin resultados aún. El movimiento del mercado de pases indigna a muchos, pero pocos se protestan. “Nos sentimos los tontos de la película, porque clubes que deben como 200 millones de pesos gastaron como 10 millones en refuerzos, y nosotros, que somos ordena-

dos, recurrimos a jugadores de categorías menores porque no nos da el presupuesto”, se quejó el entrenador Ricardo Zielinski, que tanto tiempo se las ingenió en Belgrano.

“Creo en la desafiliación... por seis meses o un año para el club deudor, y que cuando tenga todo arreglado, vuelva. Sería una solución justa”, alertó Nicolás Russo, presidente de Lanús. Que lo proponga donde corresponde, que busque consenso, que la vergüenza motorice a los que piensen así para despegarse de la bandada. Sería saludable creer que algunos ya no quieren ser cómplices.

Dirigentes que juegan a ser técnicos

Definir altas y bajas de un plantel no es un trámite administrativo de confección de nuevos contratos, rescisiones, y demás papeles. La decisión trascendente es la que deriva del análisis técnico. Lo que ocurre frecuentemente es que los clubes contratan a futbolistas por razones que no acaban de contrastar con la realidad, sin un método de selección probado y con un amplio margen de error. Un dirigente recomienda un nombre; un allegado, uno más; los intermediarios, otro; alguno recuerda que Fulano “es buenísimo”, sólo porque jugó bien ese día que lo vio, y así.

Con esos parámetros, las posibilidades de error son muchas. Esas equivocaciones tienen cos-

to deportivo y económico. Una pregunta recurrente es: ¿quién debe elegir los refuerzos y las bajas? Se supone que el entrenador de turno es el más calificado para opinar, aunque algunos directivos sostienen que ellos deben intervenir.

La respuesta más adecuada a esa tensión es una secretaría técnica, con pocos integrantes, calificados y competentes. Todos los pedidos y sugerencias recaen en este departamento, que evalúa metódicamente y emite un informe con recomendaciones para que quienes conducen el club, decidan. La dirigencia debe resolver, pero no puede hacer un análisis técnico, sencillamente porque no dispone de las capacidades suficientes para esa labor.

La secretaría técnica puede hacer armónica la convivencia y eficaz la gestión deportiva. Las funciones son variadas: ubicar juveniles postergados en equipos donde puedan evolucionar, relacionarse con clubes y con agentes, planificar la búsqueda de jugadores para el plantel profesional, clasificar las posibles contrataciones (jugador estrella, acompañante, apuesta), seguimiento de lesiones, expulsiones y comportamientos de los potenciales refuerzos; su actualidad y trayectoria, y un larguísimo etcétera.

La secretaría también articularía con las divisiones inferiores, para sugerir patrones de captación y planificar la carrera de los futbolistas que despuntan. Hay decenas de herramientas que ayudan a la organización del trabajo: imágenes de vi-

deo, imágenes propias, servicios informáticos (como WyScout, o Soccerassociation) y programas de análisis. Nada imprescindible, pero buenos complementos de la mirada. Lo importante sigue siendo saber de jugadores.

“Crear un equipo no es comprar jugadores. Una junta directiva no debe fichar, porque no tiene idea. Debe fichar la gente que sabe.” Lo decía Johan Cruyff. César Luis Menotti y otros opinan en la misma línea. No lo dicen con ánimo de ofender, sino de diferenciar roles: Cruyff no determinaba el marketing del club ni el precio de la cuota. Tampoco lo hacen Menotti, Guardiola o Simeone. Cada quien en su sitio.

La fiesta se quedó sin música

Cuando el juego deja de ser lo más importante, es un problema. En la Argentina, la calidad del juego es lo de menos. El centro del fútbol no está en la cancha. Hace tiempo que dejó de ser una fiesta. El poder ya no lo tienen los protagonistas del espectáculo. Ni siquiera los dirigentes tienen el real poder. Los mejores futbolistas, o se van, o se acomodan a la realidad. Los mejores dirigentes ni se involucran en este mundo. El poder lo tiene la gente. Y como todo poder sin estructuras, es caótico, no tiene dirección. Al fútbol argentino lo sostiene la pasión de los hinchas. No hay espectadores, hay hinchas, que

a pesar de la fuga incontenible de calidad, persisten en su condición. Hasta parecen estimulados por la pobreza. Porque ser hinchas en las malas tiene más prestigio. Interesan los colores y el resultado. El resto da igual. El que arriesga una pelota es un otario. El que traba con la cabeza representa el fervor conductor de nuestro fútbol.

Ayer, soportar una patada era signo de valentía. Hoy, hay que simular. Lo que importa es sacar ventaja. Los técnicos, especialmente en las etapas formativas, hicieron poco para quebrar la tendencia. La prensa cooperó sistemáticamente con un mensaje perverso que endiosa a los exitosos y humilla a los perdedores. La globalización aportó lo suyo: Europa precisaba un marco legal que le permitiera disponer de su riqueza y poder llevarse el oro de América. La ley Bosman* fue el principio de la definitiva colonización futbolística. La FIFA, bien, gracias.

Vacío casi todo, sólo las canchas pueden llenar-

** (Ley Bosman: Jean-Marc Bosman, un discreto futbolista belga que en 1990 reclamó la libertad de acción ante su club, RC Lieja, al finalizar el contrato, provocó una revolución a nivel del derecho comunitario europeo. La UEFA debió modificar su reglamento; la desaparición de los cupos de extranjeros generó efectos enormes en el fútbol mundial. Los clubes de Europa con mayor poder económico pudieron contratar a los mejores jugadores del mundo, sin importar su nacionalidad.)*

se, a pesar de semejante desguace. La “desertificación” de nuestro fútbol se llevó casi todo, menos la pasión, que lejos de decrecer, aumenta. La asistencia promedio a los estadios es superior a la de las tres décadas precedentes. ¿Cómo se entiende? Ir a un estadio es toda una incomodidad, hay riesgos de violencia, y encima, la garantía de un pobre espectáculo. El fútbol es el único fenómeno capaz de producir un resultado inexplicable: a peor calidad, mayor concurrencia. Como si un virus autodestructivo atacara a las masas. Pero no. Es la identidad, la pertenencia, el amor por el juego que fue degenerando en amor por la hinchada. Todos están acostumbrados a pasarla mal. El juego hace rato que perdió su lugar. “La fiesta del fútbol” es espantosa. Lo llamativo es que nadie piensa en organizar mejor, en planear nuevas generaciones, en dar señales de construcción de un nuevo orden, así la pasión vuelve a tener un fútbol que le dé sentido. Por el contrario, hay una plácida adhesión al statu quo, campo en el que se mueven a gusto los mercaderes y los mansos.

Mañana es tarde

El fútbol a puertas cerradas da pena. Y sin público visitante, también. No hay evidencia más potente de la incapacidad de gestión que las butacas vacías. Probablemente, sin enemigos a la vista no habrá proyectiles en el aire. No en esa cancha, no

durante esa fecha, pero la medida no produce ningún efecto posterior y el peligro sigue latente.

La AFA y sus socios comerciales no están interesados en redactar ningún manual de procedimientos respecto de qué hacer ante episodios de violencia. El Reglamento de Transgresiones y Penas no califica, ni siquiera en un taller de redacción. Durante años procuraron que los partidos no se suspendieran, sin importar el tamaño del proyectil ni la magnitud de los incidentes. También acordaron parar con la quita de puntos apenas descubrieron lo fácil que era sancionar a Nueva Chicago o a Almirante Brown y lo difícil que era quitarles algo a Boca o a River. La “política” indicaba, entonces, no sacarle nada a nadie y todos contentos.

Luego de uno de tantos episodios de agresiones a un juez asistente, el árbitro Patricio Loustau expresó con mucha claridad una idea: redactar un boletín con 4 o 5 puntos, bien claros, sin zonas grises, y actuar en consecuencia. Los árbitros y los futbolistas podrían ir a la vanguardia. Ellos tienen un poder gigantesco y no lo asumen en defensa del fútbol y de ellos mismos. Sin ellos no hay fútbol, sin ellos no hay negocio, sin ellos no hay televisión. Futbolistas Argentinos Agremiados y los dos gremios del referato argentino, la triple A y el Sadra, son las organizaciones que deberían liderar la propuesta.

Si la institucionalidad no tiene soluciones, o no las ve, o no quiere hacer ruido, o tiene temor a equi-

vocarse como con el torneo de 30 equipos, o lo que sea, entonces las medidas deben exigirse desde las bases. Si jugadores y árbitros coinciden en la media docena de puntos a establecer como ley, la AFA no tendrá más opciones que asumir el debate, integrarse a él, y finalmente hacer algo de una vez.

Si prospera, el resto es organizar los detalles operativos. Es esencial la comunicación. Imaginemos: un comunicado que anuncie el nuevo protocolo acompañado de una foto con todos los presidentes de primera y del ascenso, simbolizando un consenso inédito; en cada cancha, las pantallas led, los tableros, la voz del estadio, o simples folletos en el ingreso del público, anunciando las medidas, repetidamente y con claridad; las radios y los programas de TV acompañando la difusión, y la transmisión oficial repitiendo antes de cada partido y en los entretiempos algún spot explicativo.

Todos los espectadores estarían informados y notificados de que ya no se va a seguir jugando bajo cualquier circunstancia y que hay riesgo de suspensión y de pérdida de puntos. No hay mejor manera de poner a la mayoría de tu lado. El asunto es hacer algo, buscar consensos, legislar y actuar. Aunque luego haya que hacer retoques, lo importante es que el tren se mueva de una vez. Es urgente. La semana que viene seguro será tarde.

Atajar, pensar y jugar

En los últimos 25 años ninguna otra función debió hacer tantos ajustes como la del arquero. Cambiaron las reglas, los campos de juego, las pelotas, la velocidad. La influencia de los arqueros en el desarrollo del juego es cada vez más significativa. El puesto se ha redefinido: el histórico manual del guardavalla conservará siempre los rasgos esenciales, pero cada vez tiene más capítulos.

“El principal objetivo de un arquero es que la pelota no entre en el arco. No importa cómo.” La frase le pertenece a Alberto Poletti, centro de algunas polémicas, histórico arquero campeón del mundo con Estudiantes de La Plata en 1968 y apasionado observador de los detalles del oficio. Ahí está la esencia de atajar. “Probablemente, había mejores técnicamente que Fillol, pero él no dejaba entrar la pelota en su arco, y por eso era el mejor”, agrega.

Hoy, en la alta competencia, cualquier arquero será valorado en tanto responda a ese precepto, desde luego. Así como un N° 9 que no hace goles probablemente salga del equipo, un arquero al que le convierten mucho tampoco califica en su tarea. Pero ya no alcanza sólo con atajar bien. En todo caso, los arqueros que, además de eso, desarrollan la capacidad de participar del juego de otro modo, se distinguen.

La evolución de la teoría fue más rápido que la práctica. Aún hoy, los arqueros que juegan fuera del

área, que tienen variedad y calidad de pases, que comprenden el juego y se insertan en ese circuito, son excepciones. Todos están formados para la parte defensiva, pero es mucho más escaso el bagaje de recursos para participar de la etapa ofensiva, tarea cada vez más demandada por los grandes equipos del mundo.

El arquero tiene una función “ofensiva” vital en los equipos que deciden comenzar a jugar desde su área. Y su intervención no se reduce a un buen pase, con ventaja para que el defensor reciba perfilado, o un pase largo y justo para saltar una línea de presión. Cuándo hacerlo, es central; cuándo conviene una cosa y no otra, cuándo es necesario tomar el riesgo, atraer a un delantero rival para liberar a un compañero, retroceder en el área, salir de ella, manejar los tiempos... Leer el juego, ni más ni menos.

Por eso se destacan Nahuel Guzmán o Gerónimo Rulli, porque disponen de la técnica, pero, además, porque tienen coraje e interés de hacerlo. “Amadeo era el sensacional. Jugaba con el pie como nadie, ponía un pase de 60 metros al pecho, salía del área... Fue un adelantado”, asegura Poletti. Amadeo Carrizo hacía algo único, en tiempos en los que no hacía falta todo eso para ser un gran arquero. Lo hizo antes de que las reglas y la evolución se lo pidieran. Aun así, ese estilo no se impuso como una norma formativa. Lo corriente sigue siendo el arquero que ataja mucho y juega poco. Han mejora-

do su saque, su despeje, la manera de pegarle a la pelota, pero el estilo predominante sigue alineado a la tradición. Basta con hacer un relevamiento por todos los equipos y selecciones en los últimos años.

Vuelven los viejos 8 y 10

Gerardo Martino suele referirse a la escasez de volantes “interiores”, los viejos 8 y 10. Aquellos puestos, en desuso en el fútbol argentino desde hace tiempo, fueron perdiendo terreno en la carrera por imponer condiciones desde lo físico más que desde lo conceptual. Hoy, el mundo parece reponer esas funciones, adaptadas a las nuevas condiciones, pero con la misma génesis asentada en la elaboración.

En referencia a los equipos que juegan con dos mediocampistas centrales (tendencia habitual en nuestras canchas), el genial Johan Cruyff decía que eran insuficientes, que la zona media precisa tres jugadores. El doble pivot da “sensación de seguridad”, pero descubre ausencias cuando se recupera el balón; falta juego, faltan triángulos, las líneas de pases diagonales (las que permiten subir superando líneas rivales) no aparecen casi nunca.

Los interiores solucionan esa dificultad, siempre que coordinen movimientos con criterio. Para recuperar la pelota en ese sector alcanza con generosidad y disposición. Limitar la expresión del ad-

versario es mucho más accesible que provocar la propia. La creación y el ataque son infinitamente más complejos y variados que la destrucción y la defensa. Si la recuperación se produce por predominio colectivo, el comienzo de la posesión despliega a los futbolistas cercanos entre sí para comenzar la parte más sofisticada.

Los interiores son un poco 8, y un poco 10. A veces, el más adelantado está ligeramente a la derecha, y a veces al revés. Incluso, en los equipos más avezados en el juego posicional, hasta pueden convertir temporalmente al 5 en interior adelantado. El asunto es poner al equipo de cara, conseguir jugar tras la línea de presión rival y de frente al arco enemigo. El juego se resuelve ahí, en la incomodidad del último tercio, zona habitual de los interiores.

El centro del campo les pertenece, así como las bandas pertenecen a los laterales y a los extremos. Ellos aseguran la amplitud ofensiva indispensable para fabricar pasillos centrales por dónde filtrar el pase, o en su defecto, los espacios necesarios para procurar el ataque abierto.

No hay 4-3-3 ni 4-2-3-1; hay decenas de dibujos posibles. Si el equipo sale jugando desde su arquero, de nada sirven 4 defensores; no hay cómo generar superioridad en la siguiente fase con los laterales alineados a los zagueros. Si el arquero se la da al 3 o al 4, sospeche siempre que el lateral va a terminar lanzando un pase largo por la banda. No hay in-

terior que pueda hacer nada sin ayuda de extremos y laterales. Ni los wines pueden quedarse a la sombra del mástil ni los laterales pueden aburrirse.

Los mismos viejos puestos de siempre, adecuados a un fútbol mucho más complejo, evolucionan sólo si estiran el límite de sus funciones, haciéndolas más variadas y menos específicas. El fútbol argentino, pionero de interiores, empieza a rescatarlos del archivo para acondicionarlos a los nuevos tiempos.

Pánico a salir jugando

Salir jugando no es solamente una expresión de deseo. Cuando un equipo decide comenzar el juego desde su arquero, se activan una serie de mecanismos destinados a tal fin. No alcanza con la voluntad de salir jugando. Por muy bien intencionado que sea el deseo, si los futbolistas no comparten el código, si no se ensayaron diferentes alternativas, es probable que no consigan progresar en el campo.

Suele repetirse la secuencia: el arquero se la da al defensor central, éste se la pasa al lateral, quien lanzará un pelotazo largo hacia delante, paralelo a la línea de banda. Ahí se termina el proyecto. Pánico al juego interior y murmullos con cada pase atrás apuran la dimisión.

El Newell's del *Tata* Martino instaló con éxito el modelo, mientras el fútbol argentino persistía en desprestigiar la salida, optando por la bendita se-

gunda pelota (elegante manera de calificar el despeje largo y la carga al rebote).

Desde luego que empezar a jugar en el área propia supone ciertos riesgos. ¡El fútbol es un juego de riesgos permanentes! Sólo que empezar la posesión desde abajo es un riesgo más visible. Si se comete un error ahí, el costo es grande; por lo tanto, el miedo inhibe la acción. Es tan fuerte el temor a quedar expuestos que se pierde de vista el hecho de que dividir la pelota sistemáticamente los expone a problemas más graves.

Si el adversario no presiona sobre la defensa, el primer obstáculo está sorteado: los centrales (o el 5, si desciende a recibir en medio de la zaga) podrán recibir con comodidad y decidir por dónde progresar. Para avanzar, es imprescindible el movimiento de los mediocampistas: rotaciones, desmarcaciones, futbolistas dispuestos a pedir en un lugar y recibir en otro, nunca quietos. Claro que recibir atrás de la línea rival es más exigente que ir a buscarla a una zona confortable y sin marcas, hábito tan frecuente como inútil para el progreso de la acción.

Si la presión del oponente es sobre la defensa, entonces hacen falta más recursos. Pero los espacios están; siempre se pueden establecer superioridades en la zona del campo que se elija. Si la defensa queda aislada por los atacantes rivales, tras ellos hay tierra fértil. Lo importante no es que la pelota vaya siempre por abajo, sino que cuando vaya

por arriba tenga buen destino.

Los auxilios colectivos son imprescindibles, los movimientos generosos de quienes se ofrecen como receptores, el criterio, la lucidez... No se trata de acciones mecánicas, sino de elegir libremente del menú. Pero para saber qué hay en la carta, antes hay que leerla.

Quienes profundicen en esta manera de comenzar el juego tienen garantizadas dos cosas: la mejoría en la calidad de su elaboración y la dura crítica del periodismo cuando pierdan una pelota cerca del arco. Es coherente: desde hace décadas, mensaje y juego se retroalimentan determinando una liga repleta de temores, un fútbol descuidado y un discurso a medida de los resultados.

Ya pocas voces se alarman

El fútbol argentino hace tiempo que está parado en el umbral de una refundación que exige determinación, capacidad y un espíritu ambicioso. Necesita un revulsivo de ideas y comportamientos. Otro escenario con hombres nuevos que se atrevan a replantear la organización deportiva, el gerenciamiento, la línea de conducción y el posicionamiento fronteras afuera. La muerte de Julio Grondona en 2014 debió ser una bisagra institucional, pero del caudillismo se pasó a la anarquía. La renuncia a la selección de Alfio Basile, en 2008, pudo alumbrar un ciclo lógica-

mente estructurado, pero le regalaron el equipo nacional a Maradona. Detrás de los desaguisados que se volvieron norma, se impone socorrer a este deporte tras demasiadas temporadas de desabrigo.

Con urgencia se reclama el revestimiento de reglas claras. No puede ser lo mismo hacer las cosas bien que mal. No. Sobran las pruebas en el laboratorio de la improvisación sin culpas ni arrepentimientos. Sucesivos desenfoques a raíz de un peligroso desapego por el debate futbolístico. Y decenas de cómplices que alzan la mano en las reuniones del comité ejecutivo. Incluso, muchas veces ni se coincide con las decisiones que avalan, pero se prefiere el manto protector del corto plazo antes que pensar en pilares fundacionales que sueñen con grandeza y crecimiento. La AFA no cuenta con reales políticas de Estado en seguridad deportiva, confort en los escenarios, claridad y equivalencia en el sistema de disputa de los campeonatos, supervisión de los fondos que desembarcan en los clubes a través de Fútbol para Todos...

El fútbol argentino está tapizado de desvíos, interferencias, atropellos o intromisiones. De una u otra forma, hace pie un cotillón de desprolijidades que articulan un desprestigio global. Acá no existe planificación ni minuciosidad. No son lógicos los cabos sueltos, no puede explicarse todo por el imperio de la siempre imprevisible pelotita.

Proteger el escenario y el producto no aparece

como prioridad. La liga *albiceleste* entrega, frecuentemente, actitudes que corroboran su decrepitud. Descuidos y desatinos. Los de la AFA con sus mamarrachos, y varias lecturas descolocadas de los clubes, obedientes laderos de la inoperancia y la negligencia. Total... todo pasa. Total, cada vez menos actores se alarman. Es grave si al debate del fútbol argentino se le estrecha el menú de inconformistas.

Nadie entrena los miedos

La inestabilidad emocional zarandea a los equipos argentinos. Porque no sólo muchas veces juegan mal, también tiemblan. La fortaleza anímica es uno de los requisitos más importantes y necesarios en toda actividad deportiva. “El cuerpo hace lo que la mente dice”, resaltan los que entienden. El miedo, los nervios o la desesperación nunca son un saludable combustible. El campeonato local, raquítico conceptualmente y de evanescente jerarquía, también ofrece otro extremo empobrecido en el carácter de sus futbolistas, en la identidad y el temperamento de los equipos. Auscultar la valentía y la entereza de un grupo a través de su postura frente al bamboleo del juego o de un resultado suele entregar reacciones de tibias a huidizas.

Muy pocas veces un equipo encadena tres o cuatro victorias y es casi una curiosidad cuando alguno revierte un resultado en contra. Todo es tan

variable como inconsistente, y las garantías son una alucinación. ¿Las únicas explicaciones están en el pizarrón estratégico? De ninguna manera. La duda es la peor enfermedad en los juegos competitivos. Paraliza, invalida, asusta.

Cuando la emergencia y sus temblores se instalan, es difícil desalojarlas. Los vaivenes anímicos crean nuevos escenarios casi en un parpadear. Futbolistas que impresionan como leones, y ronronean como gatitos una fecha después. ¿Acaso se olvidaron de jugar? No, los aplastó la presión. La carga psicológica los ahoga. Perder los arrincona porque no aprietan el botón de la rebeldía. Pero ponerse en ventaja los acompleja, entonces ceden la ambición y aceptan ser sometidos. Un resultado parcial deforma la personalidad de los equipos de un momento a otro. El ex volante Diego Latorre, hoy analista, lo resume con su habitual lucidez: “Faltan líderes, faltan hombres que se atrevan a sacar al equipo del fondo. Los jugadores podrán hacerse señas, reproches, eso lo vemos, pero comunicación no hay, no hay indicaciones futbolísticas”.

Obligados a reaccionar, la mayoría de los planteles se desinflan. Pero cuando consiguen responder, ¿puede confiarse en ese puñetazo sobre el escritorio? No. La incertidumbre y el desconcierto del fútbol argentino no fondean exclusivamente en varios pies redondos. Demasiadas cabecitas frágiles manejan los hilos invisibles.

Cuidado con mentirse al solitario

Basta de enjaular la valentía en el sótano. No existen las fórmulas infalibles, pero el tránsito siempre es más reconfortante cuando los equipos se animan, sencillamente, a jugar. Convencidos de una idea protagónica. Después se puede perder, claro, pero al menos ese equipo ya no quedará desautorizado.

Si insistentes corrientes han instalado que lo único que sirve es ganar, hacer el recorrido con consideración por la pelota es definitivamente más seductor. El fútbol es pasión, arte, estilo, coraje, honor... Si el fútbol es tantas cosas..., ¿por qué reducirlo sólo al resultado? Se reclama un estilo ambicioso, con astucia y convicción. Y eso va más allá de los recursos.

Ojalá estén a salvo los brotes de audacia que aparecen en algunos integrantes de la nueva camada de entrenadores. El combustible del fútbol argentino deben ser los riesgos. Equipos intrépidos, que no tiemblen ni busquen excusas. Que despierten un orgullo genuino y no la impostada alegría de hinchas más enamorados del aguante por los trapos que de los colores del club. Hay un mensaje en el aire... La esperanza es que varios lo recojan y no se transforme en una botella a la deriva en el océano.

Las chequeras del vaciamiento

La vulgaridad proyecta su cono de sombras. Porque el fútbol argentino cruje y en cada mercado de pases se marcha un nuevo lote de la recortada materia prima rescatable. “De Argentina se marcharon, primero, los talentos top; luego, los subtop, y finalmente, cualquiera que haya completado tres actuaciones notables, haya marcado tres goles seguidos o tenga un buen representante. Esa emigración atenuó las diferencias entre equipos grandes y chicos. La impresión es que cualquiera puede salir campeón”, analizaba hace un tiempo Jorge Valdano. Y esa descripción de paridad no encerraba ningún elogio. La sangría llega puntual para acentuar el vaciamiento.

A veces el derrumbe financiero mundial le ofrece un remanso a la ola migratoria. Pero siempre el poder económico impone su ley, y ya no se trata únicamente de las grandes ligas: casi cualquiera se anima frente a devastadas tesorerías. Centros alternativos europeos como Grecia, Rusia y Ucrania apuntan, recogen y llevan. Chile, Ecuador y Colombia también pesan con sus billetes. Como México y Brasil, desde luego. Y como Malasia, India, Qatar y la poderosa China, destinos inusuales. Y la MLS norteamericana, también. Un abanico que cada día se despliega más. Nadie vende como la Argentina:

desde 2010 nuestro país desplazó de la cima a Brasil y, según el informe anual “Football Player Exports”, que elabora la agencia Euromericanas Sport Marketing, del mercado local emigran entre 2300 y 2600 futbolistas por temporada.

Apenas la chequera extranjera recobra algo de vivacidad, las arcas criollas se abrazan con desesperación a esas operaciones que sirven para disimular los descalabros.

El ruido de un fútbol que se rompe

No solamente en el juego; el fútbol argentino duele en todo el cuerpo. Alcanza con revisar una semana, con escuchar tres programas, dos conferencias, a algún dirigente, los balances de un club y los sonidos de los pelotazos en cada cancha.

La Asociación de Técnicos organiza un congreso de entrenadores y la concurrencia es masiva. Apenas se distinguen un par de exposiciones y trabajos. El Congreso se llama “Julio Grondona” y el titular del gremio de los técnicos lo presenta como “el padre del fútbol argentino”. En una de las disertaciones, Bilaro exhorta a los entrenadores en formación a que hagan “jugadores con sangre, que lloren si pierden”. Muestra una vieja videocasetera e imágenes de futbolistas con brazos en jarra. Lo de siempre.

Periodistas, técnicos y jugadores, toleramos un fútbol lleno de pelotazos, fricciones y ventajeros.

Eso sí, el árbitro no se puede equivocar. A ellos se los juzga con todo el rigor que descartamos para otros juicios. ¿Es fácil pegar ahí? “Peguemos entonces”, pareciera ser el tácito consenso. Nos hemos acostumbrado (o acomodado) a un fútbol escaso, repleto de “inteligentes” que trabajan los partidos. Todos reniegan de que no hay tiempo para los proyectos, coartada perfecta para justificar la mezquindad de un juego cada vez menos atractivo y variado. Los estadios no se van a vaciar, porque los hinchas, desde luego que preferirían mejor calidad, pero no la precisan para ser. Serán, de cualquier manera. Y eso les da poder.

Si en lugar de pensar en torneos de 40 equipos, 32, o lo que sea, hubiera un espacio para pensar en algo importante, sería un buen paso. Hay gente con ideas y hay caminos para mejorar la calidad de nuestras competencias. Pero realmente, ¿alguien está pensando en el futuro de nuestro fútbol? Parece que no; con tanto ruido no se puede pensar.

El público se merece un mejor lugar

El fútbol argentino se distingue en el mundo por ser un fabuloso productor de jugadores. También se lo reconoce por nuestro amor por el juego, la pasión, el fervor y el carácter competitivo. Esas son las características más visibles hacia afuera, gracias a una riquísima historia de embajadores que le sacaron brillo

a la pelota. Ahí está la fuerza de la marca “fútbol argentino”, que nos empeñamos en descuidar cada día.

Quienes observan desde lejos, relacionan a nuestro fútbol con Messi, Agüero, Higuaín. Lo demás no tiene difusión global, o simplemente no interesa. Sólo de tanto en tanto se estremecerán cuando un título de *Marca* o de *La Gazzetta dello Sport* cuente que en un cruce de barrabravas hubo un nuevo muerto. Al pasar la página, y luego de lamentarlo como corresponde, otra vez el fútbol argentino será Messi y compañía.

La cotidianeidad, desde adentro, nos abofetea sin discreción. Las desventajas inevitables de mercado, respecto de las ligas más potentes del mundo, deberían estimular mejoras en la calidad de formación de futbolistas y entrenadores, en la organización de las competencias y espectáculos, y en la gestión deportiva de los clubes y de la AFA. Nada de eso ha pasado.

Ser simpatizante es un sacrificio. Hasta precisa un manual que explique cuántas tablas de posiciones hay, para qué copas y qué descensos. Y debe leer el diario antes de salir para la cancha, porque los días y horarios muchas veces no son los que dijeron. Nadie considera prioridad al público.

Los visitantes no van a la cancha, mientras los locales pactan choques y emboscadas entre facciones de sus mismas barras; los dirigentes niegan ayudarlos. Al papá y al nene le sacan la radio, el cinto,

las pilas y las ganas; pasarán por todos los cacheos y saldrán con miedo ya entrada la noche, mientras en las cabeceras oficiales explotará un arsenal de pirotecnias. Cada vez más molinetes y malos tratos, la nunca desarrollada tarjeta de AFA plus, las huellas del morpho touch.... Cada vez más policías, cada vez más caros. Que haya más controles no remedia nada mientras controlen al tipo equivocado.

Decenas de reuniones y contratos; todos parecen ocupados en resolver el desquicio. Los protagonistas centrales del fútbol son los jugadores y el público (público, no barrabrava ni hinchada); los demás, acompañan. Futbolistas y público, como mínimo, podrían tener un representante en la AFA y participar de las decisiones. Una opinión, un plan, un proyecto, un debate, una mirada crítica, algo deberá pasar alguna vez. Porque si el plan consiste en seguir hasta que la cuerda aguante, el fútbol argentino no va a morir pero va a acentuar sus rasgos más vergonzosos.

Los futbolistas tienen precio

Frente a las definiciones, nunca faltan futbolistas que sin sonrojarse avivan la flamígera incentivación. Desembozados protagonistas de una historia de bajezas que sólo debiera despertar rechazo. Pero a ellos no se les cae ni una pizca de vergüenza después de decirlo. Tal vez, porque son demasiados

los que festejan las humoradas del celular abierto o de las diez mil o cincuenta mil razones para ganar... Igual de inaceptable resulta ese comentario rastreo que se escuda en que se trata de una vieja práctica, heredada de futbolistas de generaciones anteriores. Que la incentivación exista no le otorga legitimidad. La deshonra no se blindo. Es un síntoma más del resquebrajamiento de una sociedad que observa con naturalidad cómo decenas de valores van cayendo en desuso.

“Si es para ir para adelante, ¿qué tiene de malo?”, se escucha. ¿Está diciendo que lo que le paga su club no es suficiente para esforzarse por completo? Se lo podría comentar a su hinchada entonces... Falsa moralina. Aquel futbolista que acepta dinero como incentivación para multiplicarse detrás de la victoria habilita a la desconfianza. Llegado el momento, ¿por qué va a rechazar una propuesta económica que le proponga perder? Ya expuso que la plata lo tienta. En ese caso, ¿invocaría que el honor y el orgullo se lo impedirían? Pero qué honor si ya se mostró receptivo a esforzarse más ante una propulsión monetaria.

Cuando alguien se pone precio, o acepta que puede tenerlo, ingresa en un escenario de turbiedad que invita a ser vigilado por miradas sospechosas. La estimulación de un comportamiento que está prohibido no puede ser observado como algo gracioso o folklórico. Exige que el Tribunal de Discipli-

na de la AFA intervenga. Por lo menos, investigue. De otro modo, por inacción, es cómplice. No debe salir gratis coquetear con la ilegalidad.

Las invitaciones a transgredir las reglas duelen tanto como el atropello mismo. “Todo lo que sé de moral me lo enseñó el fútbol”, es una cita clásica del escritor francés Albert Camus, arquero en Argelia en su juventud. Otros, no han aprovechado para aprender nada. Una de las derivaciones de este juego-negocio es que pone a prueba el sentido de integridad de los jugadores. La incentivación, como la simulación de faltas, el matonismo para pedir una tarjeta y la sagacidad para adelantar una barrera, en realidad revelan que existe pánico a ser considerado un ingenuo. Parece que la viveza no sólo hay que tenerla sino, además, exhibirla. Eso diploma de pillo. Mientras la picardía siga prestigiando por encima de la nobleza, la definición de un título nunca conseguirá desprenderse de su flanco hediondo.

La sabiduría y sus locos parámetros

Una máxima futbolera, de esas que se escuchaban desde la infancia, relataba que mantener la misma formación y no variarla de acuerdo con los momentos del partido era una virtud importante. Que los grandes equipos eran aquellos que jugaban del mismo modo con independencia de los pasajes del encuentro y de las variantes que introdujera el ri-

val. Así, pasaron de generación en generación alineaciones memorables que siempre surgen con sólo disparar el botón de la memoria. La Máquina de River de 1942 con Juan Carlos Muñoz, José Manuel Moreno, Adolfo Pedernera, Ángel Labruna y Félix Loustau, o los *Carasucias* de la selección en el Sudamericano de 1957, con Omar Corbatta, Humberto Maschio, Antonio Angelillo, Enrique Omar Sívori y Osvaldo Cruz. O los *cinco fantásticos* de Huracán, en 1973, con René Houseman, Miguel Brindisi, Roque Avallay, Carlos Babington y Omar Larrosa. O Independiente 84, Argentinos 85 y River 86, que podían recitarse casi sin tomar aire.

Ya no ocurre. Ni una cuestión ni la otra: ni se pueden recitar de memoria las formaciones ni hay grandes equipos. ¿O van de la mano? Una cadena de factores conspira contra este desarrollo. La vorágine de los resultados redujo la tolerancia casi a su mínima expresión. La impaciencia no perdona ningún traspie, entonces los proyectos de trabajo no cuentan con la complicidad del tiempo. Y, se sabe, no puede aparecer ningún gran equipo en un puñado de partidos. Como, también, es muy difícil construir un conjunto que quede en el recuerdo colectivo si resulta imposible retener a los mejores valores porque son tentados por los millonarios mercados de Europa.

La inestabilidad derrumba a cualquier elenco que sueña con hacer historia. Las urgencias pueden devorarse técnicos, mantener en jaque a otros o

buscar transferencias salvadoras, aunque el “producto” apenas tenga 18 o 19 años. Sin un proyecto, una planificación o un horizonte -incluso, aunque haya que sortear algunos contratiempos- no aparecerá un equipo inolvidable. ¿Cuál fue el último que se podía decir sin titubear? Posiblemente Vélez, el de 1994: José Luis Chilavert; Flavio Zandoná, Roberto Trotta, Mauricio Pellegrino y Raúl Cardozo; José Basualdo, Marcelo Gómez, Christian Bassetas y Roberto Pompei; Omar Asad y José Flores. Años después, el mismo Carlos Bianchi lograría algo similar en Boca.

Además, la sobrevaloración de los esquemas tácticos como factor determinante para explicar un triunfo o una derrota terminaron por distorsionarlo todo. Antes era mucho más trascendente cómo jugaba un futbolista y no cómo estaba ubicado en la cancha, cosa que ahora se describe como lo más relevante. Entonces, cambiar una y mil veces es señalado como ejemplo de sabiduría. Alguien dirá que al fútbol le tocó adaptarse a estos tiempos. Puede ser. A una época que ya no tiene grandes equipos.

Bochini y Gatti quedaron en el bronce

La ecuación es sencilla: si se van los mejores futbolistas, las oportunidades de disfrutar de este juego se encuentran seriamente recortadas. Entonces brota la nostalgia por otros tiempos, cuando las urgencias

económicas de los clubes argentinos no determinaban los ciclos de permanencia de los talentos en el país. Una trayectoria se construía mucho más allá de una década, como las de Hugo Gatti (Boca, 1977/1988) y Ricardo Bochini (Independiente, 1972/1991), que repartieron su talento a través de 765 y 638 partidos, respectivamente. Vaya si antes había ocasiones para disfrutar de la calidad de los jugadores si el paraguayo Arsenio Erico jugó 325 encuentros, Ángel Labruna 515, Norberto Alonso 372 y Gerardo Martino 472. Y ellos cuatro apenas son algunos ejemplos que saltaron generaciones.

Pero durante las últimas temporadas la metamorfosis resultó absoluta. Implacable, devastadora. La precoz fuga de los futbolistas diferentes agravó un vacío de jerarquía en los certámenes locales que las puntuales transferencias al término de cada certamen lo recuerdan como un cachetazo de realismo.

La ansiedad ha atropellado todos los mercados, aproximadamente de dos décadas a esta parte. Valen los recuerdos. Ariel Ortega se marchaba por primera vez de River para aterrizar en Valencia 134 partidos después de debutar en Núñez. Marcelo Gallardo lo hacía 109 cotejos más tarde de su bautismo para incorporarse a Monaco. Aunque fuera insuficiente, al menos ellos llegaban a recorrer las canchas argentinas por más de cinco años. Más tarde, únicamente Juan Román Riquelme quebró la barrera de los cien (151 partidos) antes de irse de

Boca a Barcelona.

Pero claro que la tendencia de plazos acelerados se acentuó. Se encuentran muchos ejemplos. El repaso corrobora que la ola migratoria se llevó anticipadamente a los mejores: Pablo Aimar se despidió tras sólo jugar 82 encuentros en River; Javier Saviola disputó 88 cotejos en el club de Núñez; Andrés D'Alessandro completó 70 juegos también en River; Fernando Cavenaghi vistió en 88 partidos la camiseta millonaria; Tevez se despidió después de 75 actuaciones con Boca en el fútbol local. Algo más acá, pasaron 73 encuentros para que se fuera Mauro Zárate (Vélez), 68 para el adiós de Gago (Boca), 55 antes de que se marchara Lautaro Acosta (Lanús), 54 para la partida del *Kun* Agüero (Independiente) y otros 41 antes del adiós de Eduardo Salvio (Lanús). Quizás, el ejemplo más contundente sea el de Gonzalo Higuaín, que se incorporó a Real Madrid tras vestir apenas 35 veces la camiseta de River.

De Bochini a *Pipita* Higuaín. De Labruna al *Kun* Agüero. ¿Qué época fue mejor? No tiene sentido detenerse en una discusión que seguramente se mantendrá por toda la eternidad, sino aceptar con resignación que la genialidad del crack antes gozaba de un recorrido que realizaba la admiración.

Naturalizar el salvajismo, la última puntada

En tiempos líquidos, donde nada se razona ni calibra demasiado, un día es atropellado por otro y el carrusel no deja de girar. Lanzarle un piedrazo desde la tribuna a un futbolista es un entretenimiento habitual, y como los salvajes suelen errarle, la invitación a que ajusten el pulso ofrece nuevas oportunidades. Hasta que alguien lanza el temerario “otra piedra más y el partido se suspende”. Pavoroso, porque de repente se legitima otro despropósito: se pueden arrojar dos proyectiles por partido. ¿Y el límite es la puntería? Irracional. Sin compromiso ni determinación, la solución es un espejismo. Cuando una sociedad empieza a naturalizar lo excepcional, está perdida. Y este retrato excede largamente los límites de una cancha de fútbol.

Al que arroja la piedra le sobran secuaces. Hemos avivado a un monstruo ingobernable. El fútbol argentino es violento por culpa de todos, especialistas en hacerse los distraídos. El futbolista, acomodaticio y funcional, jamás se rebela por su cascarón demagogo. Los árbitros estiran los límites tolerables porque se los exige el titiritero que maneja el show televisivo. El gremio no alza la voz porque aceptó el adoctrinamiento. La policía, cómplice, pide más efectivos para operativos ineficaces. Y los periodistas exacerbamos el ánimo colectivo con sentencias que veneran y lapidan en un parpadeo. Como sólo se roza la tragedia, no se toma concien-

cia de que la condescendencia frente a estas situaciones siembra tempestades.

El hincha auténtico tiene que condenar la sinrazón. Comprometerse ante el desatino, no legitimarlo con su desdén. No es lo mismo comportarse educadamente que cobijar la barbarie. Cuando se suspendan los partidos o se los den por perdidos a los equipos cuyos simpatizantes sean los agresores, tal vez algo cambie. Tal vez. Esta inacción es frustrante.

Europa se involucra. Existe un firme pacto contra la violencia, la xenofobia y la discriminación. Descuento de puntos y estadios que se cierran. Clubes que quedan inhabilitados para participar de copas europeas y hasta descensos en sus ligas. Traslado de la localía a cientos de kilómetros. Clubes que reubican a sus hinchas o directamente los expulsan. Acá, un futbolista expulsado suele retirarse con el bálsamo protector de una ovación. Allá hay conductas que avergüenzan y no las cajonean en la indiferencia. También ocurren actos salvajes y vandálicos, pero actúan. No se entregan al sopor del olvido como correctivo.

Retratos de un fútbol en crisis. Son decenas de bombas de tiempo. Tic-tac, tic-tac..., después es tarde.

Nadie piensa el futuro

En los últimos años las selecciones juveniles dieron sucesivos pasos hacia el fondo de una ciénaga. Entre acefalías encubiertas e intereses personales, a nadie en la AFA le importó movilizar una refundación. Los dirigentes argentinos hace tiempo que no toman dimensión de la trascendencia que tienen las decisiones respecto de los equipos menores. Se trata de pensar el futuro, nada menos.

Desde 2007, casi una década, el derrumbe no encontró freno. La Argentina ya desperdició mucho tiempo entregándoles un área esencial a la bautizada *Generación del 86* –Sergio Batista, José Luis Brown, Oscar Garré, Marcelo Trobbiani, etc.–, primero, y luego a Humberto Grondona hijo. Un par de títulos sudamericanos (Sub 17 en 2013 y Sub 20 en 2015) no pudieron maquillar un retroceso estructural que incluyó papelones deportivos y, mucho más grave aún, un sistema que consagró la ventaja y la picardía. Coronado por una frase que jamás convendrá olvidar: “Lo único que falta es tener que ganar y encima jugar limpio. Dejame ir al Mundial y que el juego limpio se lo den a Ecuador”. Lo dijo Humberto Grondona hijo, primero secretario de selecciones juveniles y luego entrenador de la Sub 20.

Las selecciones juveniles dejaron de existir. Hasta en algún momento los chicos de Lanús actuaron como sparring de la mayor que disputaba las eliminatorias para Rusia 2018, y eso no resultó gra-

ve en sí mismo, lo inquietante fue el síntoma que reflejó. La AFA, atrapada en su derrumbe económico, siguió devaluando a los juveniles. Las elecciones para ocupar cargos relacionados con la formación de los futbolistas no pueden depender de ningún interés más que el bien común. Son cargos técnicos, no políticos. Cuando la AFA cruje, como apenas se trata de sobrevivir, poco importa el futuro. El fútbol de base remolca tantos desórdenes que su progresivo hundimiento no puede sorprender a nadie.

Messi persigue los corazones blindados

No se enoja, ni simula, ni hace trampa. Ni farronea. Lionel Messi es la ausencia de pretensión, el destierro del divismo. Leo transmite una extraña inocencia, como si no terminara de entender por qué despierta una afiebrada revolución. Lejos de una cancha adora la indiferencia; si pudiera, se escaparía cabizbajo de todos lados. Hoy, que gobierna el mundo de la pelota, y también ayer, cuando la barba le crecía antojadiza, el acné lo perseguía para recordarle que la adolescencia aún estaba ahí y las manos no dejaban de frotar sus piernas en cada encuentro con los periodistas.

No protesta, no finge, no reclama, no golpea. Es discreto, silencioso y modesto. En cada partido que juega engrandece su leyenda, acapara premios, atropella récords y eleva el listón hasta regiones inexploradas.

radas. Él no se corre de su burbuja de sensatez y moderación. Evita siempre la polémica con Cristiano Ronaldo, con Mourinho y con quien busque desestabilizarlo. Se aparta de los merecimientos y de las conquistas personales. “Yo no peleo por este premio ni por ninguno individual”, dice por enésima vez cuando escucha los vaticinios sobre el próximo Balón de Oro. “Yo peleo por conseguir títulos, por conseguir cuantas más cosas hasta el final de mi carrera”, desafia, con acento en la consagración grupal. Siempre repite que prefiere los goles “importantes” antes que los “lindos”. Y no se olvida de agradecer y dedicarles a sus compañeros las distinciones que ya apila.

¿Es argentino? Tanto como el dulce de leche. Quizá se trata de un argentino distinto, como escribió el periodista Álvaro Abós en un artículo para el diario El País, de España. “Messi es de los argentinos que podrían ser ingleses u holandeses. Es difícil delinear estos rasgos sin caer en los prejuicios o los clichés. Desde ese punto de vista, un argentino (o quizás habría que decir un porteño) de caricatura es un tipo prepotente, malevo, llorón, astuto, tramposo y gritón”, relataba Abós, que también aclaraba que había otros muchos messis en el país.

Messi no está muy al tanto ni pendiente de lo que despierta. La inteligencia de Jorge Valdano elogió a Leo y ausculta al resto: “Creo que estamos ante el primer genio del siglo XXI. Él nos acostumbró a lo extraordinario. El día que juega mal, Messi está

entre los tres mejores del partido. Da gusto verlo con la pelota en los pies, y encima después del partido se quita importancia y vive como si fuera cualquiera. Es muy difícil no confundirse siendo Messi, y él lo logra. Tampoco eso se valora en su verdadera dimensión”. Messi sí cuida la marca Argentina en el mapa. Y lo hace sin proponérselo y sin eslóganes.

Messi era despellejado porque no gritaba los goles de la selección o no cantaba el himno argentino. Porque por acá con la genialidad no alcanza. Como si molestara que no tenga esos componentes de demagogo, bravucón, contradictorio y rebelde que aquí parecen imprescindibles para descubrir los atajos hacia la idolatría. La fascinación debe incluir algún costado oscuro. Messi no lo tiene.

Todo frente al ojo escrutador del hincha argentino, que volverá a reclamarle fantasía en cada aparición. El periodista Juan Pablo Varsky lo resumió con genialidad: “Las personas dependen ampliamente del escenario donde están incrustadas. Es el mejor el mundo y en su país no lo respetan. No puede salir de ese rol de intruso que se le ha asignado. Diego jamás debió luchar contra semejante adversidad: que tus propios hinchas no te quieran. Este contexto lo afecta, condiciona su rendimiento”. Messi está obsesionado por conquistar a este país de corazones blindados y miradas desconfiadas. Ya demostró que no se rinde. Difícil imaginar que su renuncia tenga cumplimiento.

El genio

Messi ha conseguido algo imposible: nos mató la subjetividad. Las opiniones sobre algo o alguien y los adjetivos que adornan su descripción son producto de la percepción -subjetiva- de quien cuenta la historia. Con Messi, lo subjetivo se volvió objetivo. Decir que es genial o que es fabuloso ya no son meras interpretaciones; es pura realidad, incontrovertible y respaldada por evidencias.

Un genio se distingue por su cualidad de producir algo novedoso y de excelencia. El genio es original, pero sin los rebusques de quienes persiguen la originalidad sin ser geniales. El objetivo del genio no es la singularidad de su obra, ella es sólo la consecuencia. El genio no precisa revolver la tierra para encontrar algo original, lo encuentra en la superficie, sin más esfuerzo que parecerse a sí mismo.

El genio tampoco es un mago que prepara detalladamente un truco que provocará la sorpresa. El genio es capaz de improvisar trucos nuevos sobre el truco entrenado. Lo que no se permite el genio es descansar. Sentirse cómodo con lo que sabe y le da éxito, hasta lo puede aburrir; evoluciona, no tanto por ambición, sino porque no puede evitarlo.

Messi aprueba cada materia del doctorado de los genios. Tiene fijación por el fútbol. Cuando juega, entra en un trance del que no puede ni quiere sa-

lirse. En ese estado de locura, su mundo es la pelota, sus compañeros, el arco. Su magia es dinámica y creativa. Ahí no hay contratos, ni fama, ni nada... Sólo él y su desmesurado amor por el fútbol. Es ese amor el que activa todas sus facultades físicas y técnicas.

La influencia de Messi en cada partido es tan notable, que de antemano ya sabemos que cada intervención suya estará en el compacto de *Sportcenter*. Juega con ese ritmo “de compacto”; él lo edita. Lo invisible en el resumen es que para hacer cada jugada, primero comprendió la densidad del partido, descartando lo inconveniente y haciendo lo adecuado, optando por su versión solista o asociando compañeros. Una vez elegido el camino, ya está, el resto es mínimo.

Más inverosímil que su genialidad es la frecuencia con la que es genial. La regularidad de su excelencia lo hace un personaje inédito. Vuelve Juan Pablo Varsky, que eligió una figura inmejorable: “Hace años que juega como en junio del 86”. Su juego no tiene mayores depresiones, es consistente, competitivo y silenciosamente voraz. Messi no nos permite exagerar, algo que los periodistas solemos hacer más de lo debido, porque él es una exageración. Su grandeza se ha vuelto objetivamente irrefutable.

Las urnas estaban bien guardadas

Eran tiempos de la dictadura militar. La noche del 6 de abril de 1979, cuando el Comité Ejecutivo de la AFA, digitado por el almirante Carlos Alberto Lacoste eligió por unanimidad de los 35 asambleístas a Julio Humberto Grondona como nuevo mandamás, nadie se podía imaginar que ese hombre que llegaba con 47 años se encargaría de abrir una época que atravesaría de punta a punta al fútbol argentino.

Grondona se marchó el 30 de julio de 2014 porque murió, a los 82 años, cuando recorría su noveno mandato, con validez hasta el 25 de octubre de 2015, tras recibir la aprobación de 46 asambleístas y ningún voto negativo en octubre de 2011. Patrón y caudillo, fue fiel a una conducción que ejerció sin ceder ni un milímetro. Sin problemas apagó un mínimo atisbo de rebelión, en 1991, cuando el ex árbitro Teodoro Nitti armó una lista opositora que fue apabullada por 39 a 1.

Si algo desactivó Grondona fue el impulso electoral. Entonces, se atrofió la saludable alternancia, la aparición de nuevos cuadros políticos, la renovación de propuestas, el debate, el disenso, las discusiones. Y sus laderos, de tan temerosos y serviles, alentaron la negación del ejercicio democrático. Las elecciones en la AFA fueron una parodia una y otra vez.

Una institución cruzada por giros totalitarios.

Tanto daño derivó en los miedos que precedieron una votación... que en diciembre de 2015 terminó en una payasada mundial. Sin cultura electoral, la desconocida gimnasia de elegir sembró miradas recelosas y espíritus resentidos. El peso de las urnas resultó otro simulacro. En diciembre de 2015 votaron 75 asambleístas... y empataron 38-38. Ridículo planetario. La nueva AFA necesitaba descabezar todos los sellos grondonianos que la hundieron en el desprestigio, pero animaron otro episodio caricaturesco.

“Ya me van a extrañar cuando falte”, respondía desafiante Julio Grondona cuando lo incomodaba algún cuestionamiento. Y lo consiguió, muchos creen que todo sería mejor con él. Eso retrata la decrepitud de los cuadros políticos de la AFA. “Julio lo solucionaba en cinco minutos”, aseguran con tono soberbio, pero en realidad se trata de una temeridad. Expone a los dirigentes en su incapacidad. El vacío que dejó Grondona confirma el descrédito que arrinconó a la tropa heredera. Culpa del totalitarismo del Jefe y a la comodidad de sus adláteres. Tan serviles que hasta negaban el ejercicio democrático: “Estamos bregando para que haya unidad. No queremos elecciones. Tan equivocado no estaba Grondona en su forma de ver el fútbol. Siempre trató de que no haya votación. La votación deja heridos”, confesó Miguel Ángel Silva, vicepresidente de Arsenal. Y el escozor se esparció por todos los rincones.

La muerte de Grondona le dejó la presidencia a Luis Segura, que puso en palabras lo que todos sabían: “En la época de Julio la mesa chica no funcionaba. Él era la mesa chica. Julio ejercía un poder que era firme, acatado por toda la dirigencia”, contó con admiración. Y sobre la ausencia de un sucesor natural, ofreció una interpretación que grafica la gestión Grondona: “Siempre se dice que los grandes líderes no forman sucesores. Es su forma de construir poder”. Una síntesis espeluznante.

Grondona logró que en vida le temieran y ahora lo adoren porque a muchos los invadió la desprotección. Trabajó para que eso ocurriera. Los personalismos reparten beneficios para crear prisiones disciplinarias y al irse la tierra parece arada. Entonces se cierra el círculo: varios se convencen de que era imprescindible y lo añoran hasta con todos sus errores, como castigar el disenso e ignorar la alternancia en el poder y el imprescindible entrenamiento de elegir. El dominio absoluto provoca dos tipos de trastornos: hacia adentro, un sentimiento de impunidad; hacia afuera, desalienta la promoción de dirigentes que podrían significar una alternativa. “35 años de una conducción le quitaron a la AFA como entidad democrática la gimnasia electoral, y esto se está padeciendo en estos días”, aceptó Alejandro Marón, histórico dirigente de Lanús. El legado de una gestión eterna es un daño interminable.

La resistencia de los conversos

Esta clase dirigente no sirve. Después de tantos años bajo la vara grondoniana de la sumisión, no aparecen signos ni hombres para esperanzarse. El fútbol argentino se debe un debate profundo que dispare una nueva era. Con una AFA colegiada, moderna y transparente. Se reclaman controles, gestión y profesionalidad, pero los mismos de siempre se proponen como la renovación. Hipócritas camaleónicos que sólo quieren resistir. ¿Los que no evitaron que sus clubes arrastren millones de pasivo ni se esforzaron por acorralar a los violentos ahora se atreven a redactar el decálogo para la reinvenición? Ellos son el problema: por cómplices o ineptos, no se pueden desprender de nada de lo que ocurre.

El miedo de caer en desgracia con Grondona les prohibía a sus acólitos practicar el disenso indispensable que impulsa el crecimiento. Cómplices perfectos. Desde que falleció, se desató una rastrea rebelión en la AFA. Aquellos oficialistas se camuflaron de rebeldes. Y los que se mantuvieron al margen lo hicieron por estrategia, no por sensatez o porque estuvieran delineando un plan superador. Hacer política en la AFA es rosquear en la suciedad.

Alguna vez el mundo se sacudió con la llegada del hombre a la Luna, la caída del Muro de Berlín y la abolición del apartheid. En los últimos años se atropellaron, todos juntos, varios hechos que esta

generación no se imaginaba presenciar: un presidente norteamericano negro, una mujer distinguida como la política más influyente del planeta, un Papa argentino, Cuba y los Estados Unidos restableciendo las relaciones... Con otro grado de impacto no pueden saltarse a la FIFA sin Sepp Blatter y a la AFA sin Julio Grondona. Estalló el fútbol. Refundarlo desde sus ruinas dependerá de una honestidad hasta ahora desconocida. Aquí y allá.

La farsa que acompaña el hundimiento

Muerto el rey, la transición prometía tempestades. Porque nunca hubo auténtica voluntad política para atravesar la oscura herencia con sensatez y espíritu constructivo. Porque jamás hubo consenso; aquel 50-0 con el que Luis Segura fue respaldado en octubre de 2014 para continuar el mandato de Julio Grondona resultó la raíz de la farsa. Y tanta incompetencia, deslealtades, egoísmos y vanidades dinamitaron todo a su paso. Una rastrera rebelión en la AFA hundió al fútbol argentino en el descuido. La administración y gobernabilidad quedó olvidada detrás de estrategias, roscas y operetas con olor a rancio. Bajo el romántico eslogan de la AFA del futuro se ignoró el presente. Justo cuando sobran temas sustanciales que merecen ser atendidos con celeridad porque el fútbol argentino apesta.

La galopante deuda de los clubes que nadie se

atreve a vigilar, la intervención judicial a la AFA para entender sus ejercicios financieros, el riesgo de default, las investigaciones sobre los árbitros, la discutible validez de los promedios, la connivencia de los barrabravas con los dirigentes, la deuda con la AFIP, la intromisión de sectores de poder y su malsano oportunismo para utilizar al fútbol, las discusiones con el Gobierno por los atrasos de Fútbol para Todos, la descolorida función del Tribunal de Disciplina, las contramarchas con AFA Plus, los disparatados torneos de 30 equipos, los seleccionados juveniles abandonados en la desidia, el polémico sorteo/nombramientos de los árbitros, la prohibición para los hinchas visitantes, la relación con Torneos, los contratos con los sponsors del seleccionado, la organización de los partidos que constantemente salta de días y de horarios, los atropellos reglamentarios a las fechas FIFA, la muerte que tiende emboscadas en las canchas del ascenso...

La intervención judicial, inspectores de la Conmebol, amparos ante la Inspección General de Justicia (IGJ), elecciones aplazadas, el enviado Primo Corvano, los veedores de la FIFA, la comisión normalizadora con Armando Pérez al frente y la Superliga... Esta historia no tiene fin..., ni solución. El encantamiento de serpientes seguirá moviendo la agenda, detrás de atrapar adhesiones y lealtades, que no se demorarán en volverse una traición.

Indice

Prólogo, Gustavo Grabia	11
El fútbol, ese espejo de la sociedad, prólogo de los autores	13
La selección de los perdedores	17
Sueño de un fútbol organizado	19
La despedida de la gente íntegra	21
Ser tramposo cotiza en alza	22
Los dirigentes del paraavalancha	26
Ya no le piden una pelota a Papá Noel	27
Discursos con doble fondo	29
Un profesionalismo muy light	32
Se eleva el continente sudamericano	34
Una caza de brujas	36
Técnicamente es un derrumbe	38
La propuesta no está en los números	40
Al juego hay que interpretarlo	42
El morbo de los promedios	44
La gambeta encarcelada	45
La salida siempre es hacia adelante	47
Un video ref para la trampa	48
Los tutores del mal	50
La mentira del cuarto puesto	52
Los futbolistas están enfermos	54
Eufemismos de un fútbol aburrido	55
La cruel salida de la selección	57
Los futbolistas al poder	60
Los técnicos, entre la cornisa y la pasarela	62

Saben un montón o son del montón	65
Mil maldades por ejecutar	66
Los periodistas somos culpables	69
La crisis llegó a las canchas	70
Los olvidados del 78	74
Las fieras pasan al diván	75
¿Y dónde están los buenos?	77
Dirigentes que juegan a ser técnicos	78
La fiesta se quedó sin música	80
Mañana es tarde	83
Atajar, pensar y jugar	85
Vuelven los viejos 8 y 10	87
Pánico a salir jugando	89
Ya pocas voces se alarman	91
Nadie entrena los miedos	93
Cuidado con mentirse al solitario	95
Las chequeras del vaciamiento	96
El ruido de un fútbol que se rompe	97
El público se merece un mejor lugar	98
Los futbolistas tienen precio	100
La sabiduría y sus locos parámetros	102
Bochini y Gatti quedaron en el bronce	104
Naturalizar el salvajismo, la última puntada	106
Nadie piensa el futuro	108
Messi persigue los corazones blindados	109
El genio	112
Las urnas estaban bien guardadas	114
La resistencia de los conversos	117
La farsa que acompaña el hundimiento	118

Cristian Grosso y Fernando Pacini, dos periodistas serios se encerraron en una habitación en donde figura la historia del fútbol argentino y se propusieron mirar en todos los rincones sin dejar de mirar lo que había debajo de cada piedra. La idea que los alentó fue tratar de entender. ¿Qué fue lo que nos pasó? ¿Cuándo fue el momento del quiebre? Qué hacer para volver a ser quiénes fuimos, en donde la caballerosidad era ‘no negociable’.

En el camino, encontraron una frase excepcional: “¿Desde cuándo la derrota dejó de ser una opción?”

En mi época, no se gritaban los goles de penal, porque se interpretaba como una afrenta y una falta de respeto al rival caído. Sin simulación y sin lugar para los ‘vivos/ventajeros’. Hablábamos de fútbol. Y teníamos pasión, pasión porque nos sentíamos representados: disfrutábamos del triunfo y sufríamos la derrota, pero no queríamos ‘exterminar’ al rival ni eliminarlo de la escena. Al contrario, cuánto más respetado era, más servía para validar el triunfo.

Fernando y Cristian quieren volver a hablar del juego, de qué hacer cuando ‘tenemos la pelota’, como hacemos para ‘pasárnosla entre nosotros’ eludiendo los obstáculos que nos pongan. Por dónde los atacamos, con cuántos y con quiénes.

El contexto es asfixiante. La sociedad cambió, pero creo que fuimos nosotros, los periodistas, los mayores responsables del proceso que culminó en esta descomposición, con un cuerpo infectado y purulento, que terminó privilegiando lo accesorio y descuidando lo esencial.

El libro ofrece un excelente punto de partida para volver a debatir ideas. No es poco. Disfrútelo. Vale la pena.

ISBN 978-987-1367-65-8



Adrián Paenza